CUADERNOS historia 16

Comercio y esclavitud

Javier Morillas



123

175 ptas

MALAGA Injection DISFRUTALO

MALAGA injection

MALAGA

MOTOR SYSTEM PORSCHE

Imagina el poder que dan más de 100 CV sobre un motor System Porsche... y después añádele el empuje y la respuesta de la inyección electrónica.

Así es el nuevo Málaga Injection. Fuerza y empuje para que lo disfrutes sin límite. A fondo en velocidad, al máximo en potencia.

Y a tu alrededor, el lujo. Para que disfrutes ampliamente de las prestaciones de un deportivo sin renunciar al confort, al espacio, a los detalles.

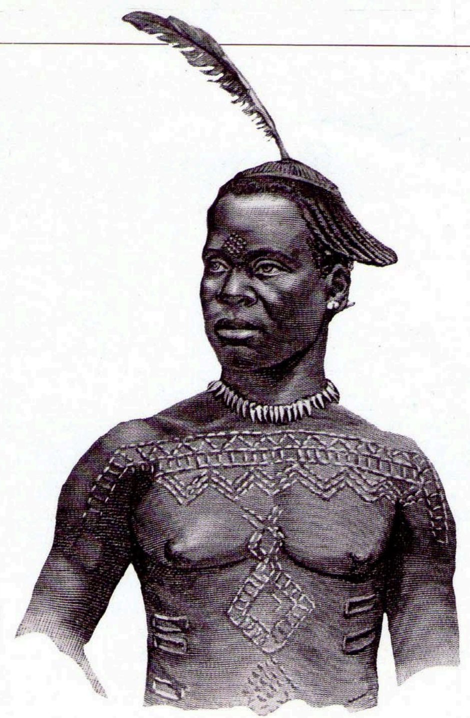
A las Grandes Sensaciones. Ya lo tienes todo.

Disfrútalo.

P.V.P. IVA y transporte incluidos: 1.565.144 Ptas.



TAPSA/NWAyer



Indígena africano con tatuajes

Indice

COMERCIO Y ESCLAVITUD

Por Javier Morillas
Profesor de Estructura Económica, UCM-CEU

Comercio y esclavitud

Javier Morillas
Profesor de Estructura Económica, UCM-CEU

PARA el economista y teórico principal de la Nueva Escuela Histórica alemana, Schmoller, los pueblos que desconocen la cría de ganado y la agricultura no tienen esclavos (1). Los pueblos cazadores —decía Ingram— no esclavizan a sus enemigos, sino que los matan. Si la lucha entre colectivos primitivos impide el desarrollo de la esclavitud, el desenvolvimiento de algún tipo de civilización hace que se respete la vida del vencido. En el período pastoril, los esclavos serían vendidos, exceptuándose los destinados al cuidado del ganado o laboreo de las pequeñas porciones de terreno en cultivo. Al prevalecer la vida sedentaria y acrecentarse la explotación agrícola, el trabajo no libre se iría incrementando.

Engels en su *Anti-Dühring* expone que *cualesquiera que sea el número de los poderes despóticos que surgieron en Persia o en la India, cada cual supo exactamente que, ante todo, tenía que emprender la irrigación general de los valles sin lo cual ninguna cultura era posible en aquellos lugares* (2). En la misma línea señalaba en carta a Marx que *la irrigación artificial es aquí (en las grandes zonas desérticas desde el Sáhara hasta las altas mesetas de Asia) la condición primitiva de la agricultura de la cual se ocupan, bien las comunidades, bien las provincias o el gobierno central* (3). La idea era que la centralización del poder necesaria para la realización de las grandes construcciones y obras de riego permitía la acumulación del excedente por las altas instancias del Estado, dando lugar a esas formaciones sociales despóticas que caracterizan lo que se dio en llamar *modo de producción asiático,* que en algunos casos suplantó y en otros precedió al modo de producción esclavista.

Sin embargo, la preocupación agrícola a la que se refirió Engels, en lo que concierne a las zonas africanas, no siempre existió. Desde el punto de vista económico, en Africa como en ningún otro continente, el factor *tierra* ha sido un factor tan limitado que el suelo no ha presentado históricamente un gran valor por sí mismo.

La infraestructura física de la economía africana, ligada a la climatología y la hidrografía, no propicia el desarrollo químico-bacteriano que da lugar a la formación de las capas de humus que ligan al campesino al suelo y posibilitan el despegue económico a partir del sector agrario. De hecho, la agricultura migratoria, a base de cultivos itinerantes y aldeas en continuo desplazamiento, es reflejo de una tierra que, sin abono alguno y sin alternancia en los cultivos, se empobrece y agota tras unas pocas cosechas.

La transformación de la tierra africana requiere una gran inversión de factor *capital* o de factor *trabajo.* Pero el capital no ha encontrado tradicionalmente una aplicación constante ni una fijación ni materialización fácil. Como consecuencia, el concepto de posesión se centró pronto, más que en el factor *tierra* o en el factor *capital,* en el factor *trabajo.* El comercio clave fue pronto el de hombres. Y el Corán, aunque prohíbe reducir a la esclavitud a los musulmanes, la admite para quienes no son seguidores de Mahoma, en especial idólatras y gentiles.

Una tradición arraigada

Sin embargo, la esclavitud no se desarrolló en el Africa musulmana sino en íntima relación con el medio económico, político y físico en que el Islam árabe se fue asentando.

Así, cuando en el 639 los árabes irrumpen en Africa, ya encuentran en Egipto una tradición esclavista muy firme. Los datos que se tienen a este respecto carecen de precisión y no son lo suficientemente abundantes como para poder trazar con seguridad un esquema de su génesis y evolución. Resumiendo los diferentes datos, puede deducirse que los primeros pobladores del antiguo Egipto fueron absolutamente dominados por el pueblo conquistador, de cuyo primitivo estado sería una supervivencia la especie de servidumbre en que siempre se encontraron los habitantes del

Arriba: *prisioneros nubios capturados por Ramsés II (bajorrelieve en el zócalo de los colosos de Abu Simbel).* Abajo: *prisioneros, probablemente libios, de Ramsés III en un bajorrelieve del templo de Medinet Habu.*



Valle del Nilo con respecto al faraón. Esta se prolongaría con la conquista de Alejandro y la posterior dinastía que en la antigua provincia macedónica crearían los generales de éste.

En los relatos de las conquistas llevadas a cabo por los faraones, no falta nunca la enumeración de los vencidos hechos prisioneros, y luego esclavizados. La Anales de Tutmosis III enumeran minuciosamente los esclavos ofrendados al dios Amón. El ministro Uni no se olvida de relacionar los vencidos que cogió vivos y trasladó a Egipto después de sus victorias en Asia. Muchas de las guerras emprendidas por los faraones eran verdaderas *razzias* para apoderarse de esclavos. El rey Amenhotep mandó en persona varias expediciones contra las tribus negras del Sudán. Su objeto no era adelantar la frontera egipcia, sino la ganancia material obtenida de la venta humana posterior y su utilidad para el desarrollo de la agricultura, la construcción y la navegación en su país.

De cualquier forma, el año 642 en que el ejército árabe destruye la antigua Biblioteca Universal de Alejandría, si bien no puede decirse que fuera un gran año para la ciencia y la cultura de la humanidad, lo cierto es que, con el discurso regenerador del Islam, parecía que fuera a dar comienzo una nueva época en el continente africano y, parcialmente, también en el asiático.

La situación previa

Si La Meca era el tradicional centro de peregrinación de la Arabia pagana anteislámica, la importancia comercial y la pujanza económica de esta ciudad —como centro de encuentro de ricos hacendados e intermediarios— queda asegurada al ser destinada a conservar la solidaridad de los creyentes.

En los primeros años del Califato se funda —con Omar— una administración estable que da lugar a una gran activación económica. Se emprenden trabajos de riego en Caldea, y de cuidado de diques en el Tigris y el Eufrates. Al mismo tiempo, en Siria e Irak se establece un catastro y una base uniforme para el impuesto agrícola. De esta forma, conquistadas Damasco y Jerusalén —a donde habían afluido todas las grandes vías de comunicación del mundo antiguo y que los judíos residentes fuera de Palestina tenían la obligación de visitar al menos una vez en su vida—, y unificadas las tierras de la península Arábiga, Caldea, Irak, Siria, Mesopotamia, Egipto y Persia, queda constituido un conjunto económico que irá tendiendo sus lazos comerciales con el resto de Asia a través del primitivo comercio caravanero de este continente. El comercio de la seda, algodón, arroz, especias, piedras preciosas, perfumes y toda clase de tejidos, seguirán siendo el principal objeto de tráfico. Los chinos adquirirán el monopolio del comercio terrestre, mientras que los árabes tomarán el marítimo, utilizando el cabotaje a través del mar Rojo y el Indico.

En la zona oriental de Africa, y en tiempos del emperador Heraclio, los persas habían tomado Egipto, aunque la rápida reacción bizantina del 628 devuelve su gobierno al patriarca de Alejandría manteniendo a los coptos apartados de la función pública. Con una población dividida por razones religiosas, una economía depauperada y un ejército mal organizado, la invasión árabe apenas encuentra resistencia.

En la zona central norteafricana sólo Cartago ofrece alguna oposición de importancia, a pesar del golpe irreparable que un siglo antes había sufrido el reino vándalo en él constituido, por un ejército nómada. La Mauritania Cesariense —en la actual Argelia— caería fácilmente en el 683.

En lo que se refiere a la zona noroccidental de Africa, su Gobierno se seguía realizando desde Sevilla. La Hispania Transfetana —el estrecho de Gibraltar era el Fretum Herculis— establecida en el año 69, integraba como región administrativa a la Bética peninsular y la Mauritania Tingitana —con frontera Este en el río Muluya—, hacia el sur. En el 675, el rey Wamba de España consigue desbaratar en suelo africano el primer intento de invasión musulmana de la Península, logrando apresar 270 embarcaciones mahometanas que manda quemar. Sin embargo, la recluta mercenaria de Tarik —muy posiblemente descendientes de antiguos guerreros vándalos— se alía con las guarniciones hispanovisigodas —el propio Tarik, *hijo de Tar,* parece que lo fuera— de Ceuta y la Tingitana —partidarias de Witiza y opuestas a Rodrigo— con lo que efectivamente el Islam acaba durante la primera mitad del siglo VIII por controlar todo el litoral norteafricano.

La economía caravanera

Paralelamente, y desde el siglo III, la introducción del ganado camellar procedente de

Dos escenas de dos grupos étnicos africanos: arriba, *grupo de Benin;* abajo, *aldea de los baris*

Arabia, va a ir permitiendo una vida activa en las zonas centrales del gran desierto africano. También va a permitir el desarrollo de la actividad mercantil, favoreciendo mediante las rutas caravaneras, la comunicación terrestre entre el Mare Nostrum y los países negros, tal cual —más tradicionalmente— tenía lugar en la zona oriental, entre Egipto y las zonas meridionales nubias.

Los esclavos se convirtieron en el otro elemento vital del comercio caravanero. Había que perforar y habilitar pozos a lo largo de las rutas. Muchos de éstos consistían en precarias galerías excavadas en el subsuelo, de donde se obtenía agua por capilaridad. Tanto para su construcción como para su mantenimiento se necesitaba una mano de obra siempre en riesgo de quedar enterrada viva al menor desprendimiento. Los esclavos se utilizarían —también— lo mismo para comprobar el estado de las aguas —con frecuencia estancadas— que los alimentos. Como sustento económico y dócil comodín de vida limitada, lo mismo arrancarían losas de sal en las abrasadas arenas del desierto, que flanquearían las caravanas o servirían de vanguardia en éstas.

La gran mayoría de los habitantes de toda la mitad norte del continente africano estuvieron respirando, no obstante, durante siglos a través de estas vías pulmonares que lo atravesaban de parte a parte.

En la socioeconomía del desierto, los colectivos humanos por cuyos campamentos no pasaban las caravanas o no podían comunicarse de una manera u otra con ellas, se debilitaban y en muchos casos se desintegraban y desaparecían. Así, tradicionalmente, los habitantes de las zonas interiores comprendidas entre la sabana ecuatorial y el litoral mediterráneo, y entre las costas atlánticas y las orillas del Nilo se esforzaban en atraer las caravanas hacia sus dominios. No sólo por el beneficioso intercambio comercial que de ello se derivaba, sino por los más o menos importantes derechos de paso *—ghifara—* que aquéllas satisfacían.

A través de la ruta, esos colectivos conseguían los elementos vitales para su seguridad y existencia, y los utensilios indispensables para la vida cotidiana. Gracias a la ruta, como corriente de vida, las tribus de cada zona podían vender el excedente de sus producciones y mantenerse comunicados con el exterior. Sin ello sus pobladores empobrecían, degeneraban y recaían en el salvajismo; luego, en el mejor de los casos, si antes no se habían extinguido, acababan dominados por otros, quedando asimilados a ellos sin remedio.

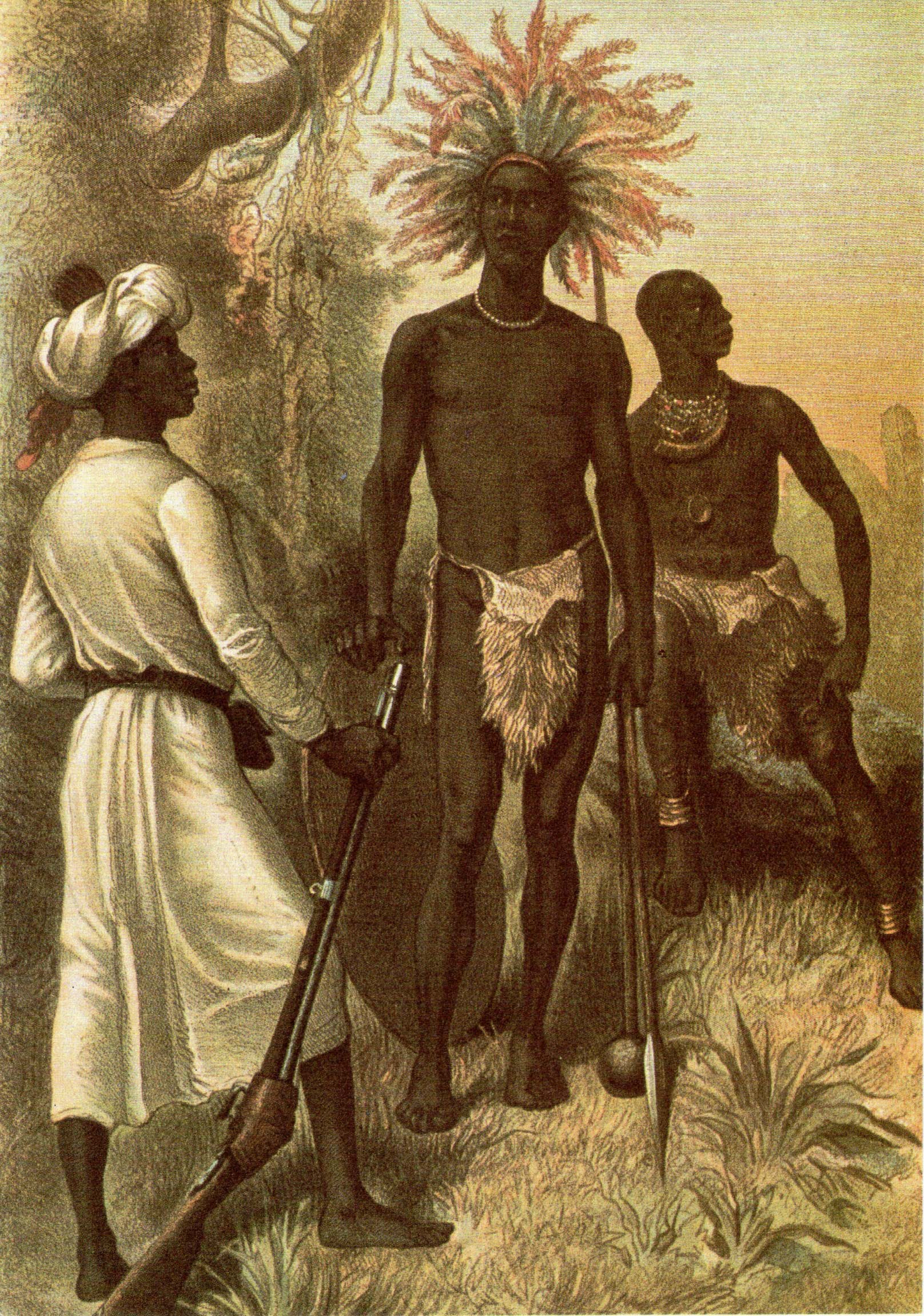
Directa o indirectamente relacionados durante siglos, a través de esas vías de comunicación, la mayor parte de los colecivos norteafricanos estaban objetivamente interesados en el comercio caravanero. Brindaban su protección mientras recorriesen su demarcación o atravesasen el de sus aliados o tributarios. Al salir del territorio de una tribu, la caravana entraba tácitamente bajo la protección de la tribu o Estado contiguo y una escolta de la primera no se relevaba hasta haberla puesto bajo custodia de la siguiente, de modo que la seguridad quedaba teóricamente garantizada a lo largo del recorrido. Los peligros venían siempre de los grupos y partidas que operaban al margen de este sistema.

Por lo general todos hacían algún negocio. Los que iban en las caravanas y los individuos o familias que encontraban en su camino. Todos se intercambiaban algo que luego, unos vendían a lo largo de la ruta y otros en el círculo territorial donde tenían su hábitat natural. De estas pequeñas operaciones comerciales vivía el desierto. En cada una de las ciudades, o en los oasis del camino, podía un viajero detenerse los días que creyera conveniente para hacer sus trabajos y continuar luego su marcha incorporándose a una nueva caravana. En cada etapa importante de las grandes rutas había otras secundarias, locales, que a modo de pequeños capilares hacían de la ruta principal una verdadera arteria de vida.

Las principales rutas comerciales

En dirección este-oeste, cuatro eran las más importantes rutas (4). La primera de ellas, conocida como Alta Ruta, lo era de ciudades, discurriendo más o menos paralela a la costa y, salvo algunos internamientos, a corta distancia de ésta. Empezaba en Bahariyya y Siwa, en Egipto, para continuar por los oasis de Djaghbub, Kufra —ya en la actual Libia— y Adjdabia. Luego se acercaba un poco al mar en el resto de este país, se volvía a internar y reaparecía de nuevo en Túnez, alcanzando grandes proporciones, al decir de los más destacados autores árabes, en algunas regio-

Tipos africanos en un grabado del siglo XIX



nes de Argelia, como las de Biskra, Mzab, Feguig y Warikla. Continuaba paralela a la sierra del Peniatlas hasta la famosa región de Sidjilmasa.

La segunda era netamente una ruta de oasis. Partiendo de la actual provincia egipcia de Minya, seguía por Al-Bahariyya, Siwa, Awdjila —en Libia—, Sebha, Ghadames, Ghiryan al Djerid —en Túnez—, hasta Ghardaia, luego Feguig —en Argelia—, Sidjilmasa —ya en Marruecos— y Taroudant, cerca de Agadir, en el Atlántico (5).

La tercera vía por la que se atravesaba el Gran Desierto de este a oeste era la de las klibas, o regiones sureñas. Discurría —ya en su mitad occidental— por Warikla, que es la kliba de Biskra; otro Kusur, que lo es de Argel; Alkusur —cerca de Djabal Rashida— que lo es de Tiaret; el sur de Feguig que se corresponde con la kliba de Tremecen; luego Sidjilmasa, ocasionalmente Ued Dráa, y finalmente Taroudant, que es la kliba de Marrakech (6).

Más al sur, y casi en plena zona tropical, corría la cuarta ruta. Empezando en el río Gambia, continuaba por la cuenca del Níger; pasaba luego a la región del lago Chad y, atravesando la parte occidental del actual Sudán, llegaba al Nilo, para luego alcanzar las costas del mar Rojo. Desde el este, la ruta se iniciaba en el puerto medieval de Aydhab, situado casi en la actual línea fronteriza egipcio-sudanesa, bajando a Nubia; luego la ruta llegaba a través de Zaghawa al país del Kanem, Kawwar, y pasando por Ghana —entonces en la cuenca alta del río Níger— alcanzaba, tras pasar Takrur, la desembocadura del río Gambia y Awdaghosth, al otro lado del río Senegal, en el norte. Esta vía comercial proporcionaba productos muy estimados; oro fluvial de Ghana; especies y maderas aromáticas de la región nigeriana; cocos y sus aceites, tan abundantes por estas regiones; sal de la región alta del lago Chad; cuero e índigo de los oasis; cuerdas y alfombras fabricadas con cortezas y ramas de ciertas palmeras tropicales, colmillos de elefantes, cobre, pieles de animales, plumas de avestruz y tantos otros productos exóticos que hicieron de esta ruta una de las más importantes (7).

En lo que respecta a las rutas de dirección norte-sur, existía, en el costado oriental, la importante ruta natural del valle del Nilo. Pero al margen de ésta, resultaba muy difícil atravesar el inmenso mar de arena que separaba las zonas costeras mediterráneas de las tierras tropicales, salvo por dos conductos. Incluso camellos y dromedarios que posibilitaban la supervivencia del hombre en estas regiones no eran capaces de realizar la travesía sin correr graves riesgos.

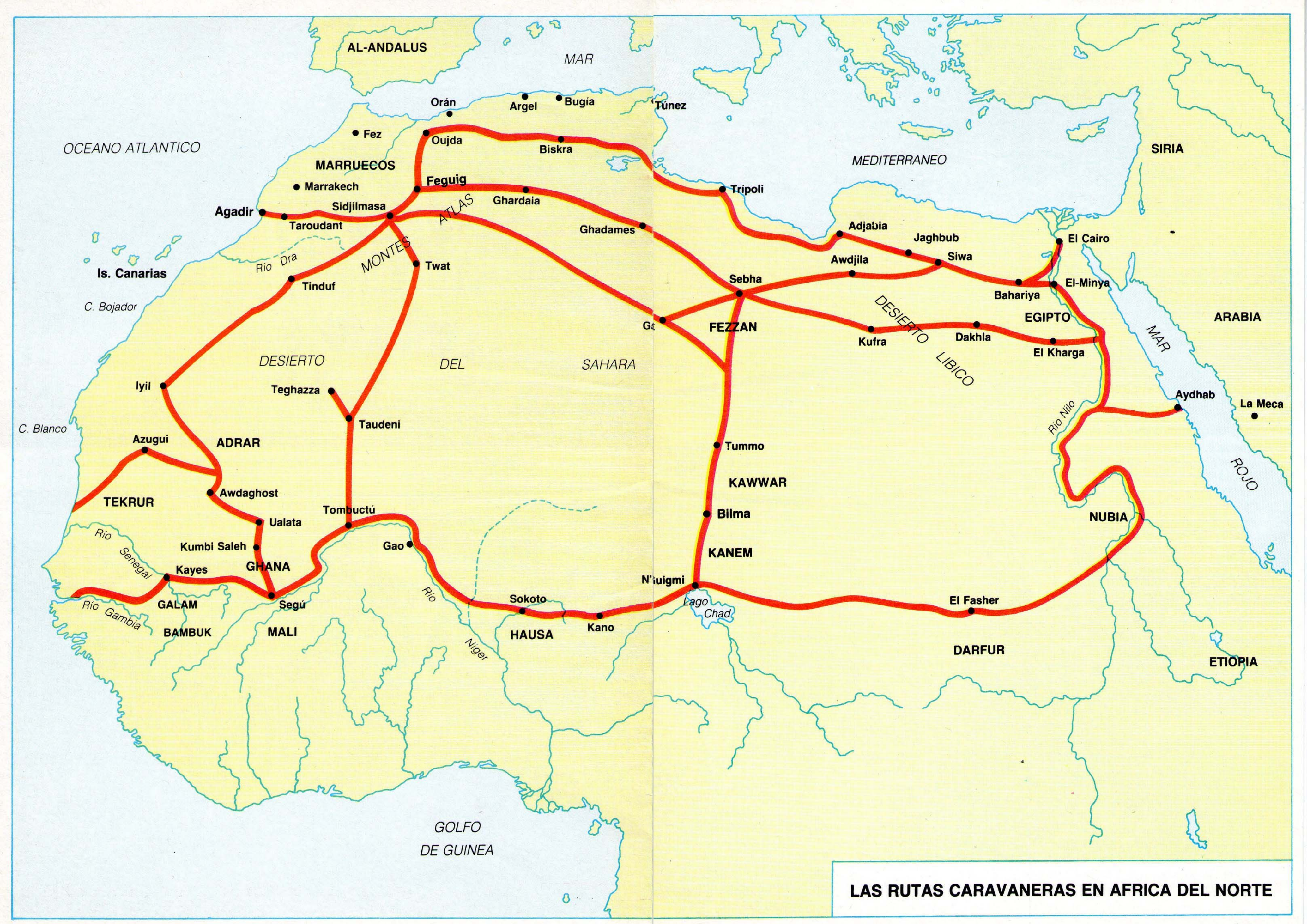
El primer conducto, a unos 2.000 kilómetros aproximadamente al oeste del referido río, era el de Fezzan-Kawwar que conducía a la región del lago Chad. Fezzan —hoy región del centro y sur de Libia— constituye una larga depresión en la que se encuentran los oasis de Sebha y Gat; la ruta pasaba luego a la región de Kawwar —hoy situada casi toda en la República del Níger— en la que existía un fino pasillo de oasis desde Tummo hasta Bilma. En estas minas de sal trabajaban colonias de esclavos, capturados en las poblaciones no musulmanas del sur, permitiendo —al igual que en las restantes salinas de estas regiones— una explotación que una mano de obra libre no realizaría. También la cría de caballos, aunque de envergadura raquítica, animaba la actividad exportadora, junto a una cierta producción artesana y textil.

Pero la ruta de Fezzan, junto a la del Nilo, solucionaba el problema de la zona centro-oriental del Africa sahariana. Para la zona occidental, sin embargo, desde el sur de lo que son hoy Túnez y Argelia, y la parte meridional de Marruecos, era muy problemático hacer la travesía por una ruta regular y segura. Por un lado, las fuentes de agua eran escasas y de poco caudal; se secaban a menudo y no resultaban fiables, salvo para quienes decidían arriesgarse a sufrir una muerte segura en cuanto les fallase alguno de los contados puntos de aguada. Por otro lado, y como consecuencia de esta escasez, no había tribus, y sin ellas no había rutas. Si existían algunos grupos humanos, pegados a algunos pequeños pozos que sólo ellos conocían, eran tan escasos y tan pobres que no se podía contar con su ayuda; incluso solían convertirse en un peligro para las caravanas y los viajeros, que evitaban encontrarse con ellos.

Había que irse 2.000 kilómetros al oeste de la ruta de Fezzan para encontrar otra vía transitable, como la de Sidjilmasa a Tuat; y luego a las minas de sal de Taghaza, para seguir por Taudeni hasta Tombuctú, donde se recogía el oro que llegaba de las tropicales minas ghanesas de Galam y Bambuk.

Realmente, durante la Edad Media y hasta el siglo XVI, el antiguo reino de Ghana —ubicado entre Tombuctú y el río Senegal— era el principal proveedor de oro del mundo mediterráneo. Situado en los confines meridionales del desierto, era el principal mercado de intercambios entre este mundo y el *país de los ne-*

Guerreros africanos de Sudán (arriba). *Grupo de africanos portando colmillos de elefante* (abajo, *grabados de* La Ilustración Española y Americana)



LAS RUTAS CARAVANERAS EN AFRICA DEL NORTE

gros, de la sabana nigeriana. De Sidjilmasa a Audaghost había dos meses de camino, y de ésta a la capital —Kumbi Saleh— de doce a quince días. Las dos minas referidas estaban en la parte suroccidental del reino, y los cronistas árabes, desde el siglo VIII, tuvieron fijación con estas tierras. *En el país de Ghana* —decía uno de ellos— *el oro crece en la arena como zanahorias. Se le arranca a la salida del sol.* Otros, como Ibn Hawkal, señalaban que *el rey de Ghana es el rey más rico de la tierra (8).* Sal, oro y esclavos fueron durante siglos los productos básicos y clave de esta vía comercial, lo mismo que de las restantes.

Al costado atlántico de esta ruta, sin embargo, todo se volvía a complicar. Algunos autores llaman la atención sobre cómo las gentes del norte y sus animales no podían soportar el clima de un desierto completamente árido durante dos meses seguidos, y cómo los habitantes del sur no podían hacerlo *aun llevando enormes cantidades de agua, pues la raza negra tiene muy dilatados los poros y sus cuerpos necesitan beber mucho más líquido que luego evaporan. Después de un mes o poco más de marcha por el desierto, se deshidratarían por completo..., así el Sahara en toda su extensión constituía una verdadera barrera que separaba por completo el norte del sur, salvo para algunos grupos humanos dispersos que conocían los pozos y llevaban en esta desolación una existencia errante y miserable... porque aunque la franja costera atlántica tiene ríos, arroyos y pozos que ayudan al viajero a caminar, hay en esta costa una zona completamente desértica que se encuentra entre el río Dráa y el río Senegal. Allí no existen ni arroyos, ni ríos, sino solamente pozos esparcidos por las arenas y alejados de la costa. La distancia de esta zona desértica es de unos 1.500 kilómetros, que las caravanas tardaban en recorrer de treinta y ocho a cuarenta días, en marchas de 40 kilómetros diarios... habitada por tribus nómadas con un gran sentido del honor y que se comportaban con honradez y pundonor con las caravanas* (9). Esta ruta, incomparablemente menor en importancia y más irregular, nacía del aprovechamiento de las minas de sal de Iyil, realizada desde Awdaghosth y Ualata; unía a esta posibilidad alternativa de abastecimiento salino una renta de situación por su mayor cercanía con las minas ghanesas. Por tanto, la ruta atlántica quedaba abierta cuando se hacía operativo el empalme desde Iyil a Sidjilmasa —o a la costa de Agadir— mediante el aprovechamiento del oasis de Tinduf.

Pero con ser éstas, históricamente, las únicas vías comerciales de la mitad norte del continente africano, no tuvieron siempre la misma importancia, ni la misma densidad de tráfico, ni siquiera la misma seguridad o fiabilidad.

Auge y declive comercial

En el Egipto árabe, recién ocupado, se abre un breve período de recuperación económica. No interesados por el momento en conquistas meridionales, se conforman con exigir y obtener, de nubios y etíopes, garantías en el suministro de esclavos y libertad de comercio para sus mercaderes. Los califas utilizaron para la administración tanto a coptos como a bizantinos, hasta el año 706 en que —tras sublevaciones duramente reprimidas— se decreta la sustitución de los funcionarios cristianos por musulmanes y queda oficializada la lengua árabe. Tras las revueltas del Califato Abasida, y las posteriores luchas fatimitas, El Cairo —fundado en el 969— se convertiría, no obstante, en un importante centro comercial donde confluyen las rutas comerciales que los musulmanes han conseguido desarrollar y potenciar a Oriente y Poniente del continente africano. Al mismo tiempo, Egipto se convierte en piedra angular del comercio afroasiático.

Grupos árabes, chiitas y omaníes llegarán durante el siglo X hasta Mombasa y Zanzíbar, donde desarrollan prósperas factorías; desde la isla de Kilwa, las Comores, Kismayu o Yambe, se van a dedicar intensamente al comercio de los esclavos, el marfil y el oro. Al tiempo, y aprovechando los vientos monzónicos, desarrollarán la navegación comercial de cabotaje —haciendo de Ceilán un verdadero emporio económico— hasta el sudeste asiático. El dinar egipcio se convierte en la moneda más codiciada del momento, debido al valor del referido metal que procedía primero de Nubia y luego de Ghana.

Para el conjunto de las regiones norteñas fueron los siglos XII y XIII los de una auténtica *Edad de Oro,* debido también al gran auge comercial alcanzado en el Mediterráneo oriental y en Europa. El norte de Africa, desde que Roma destruyera Cartago ordenando sembrar sus campos de sal, buscando la dispersión de sus habitantes, y exceptuando la época en que Genserico —en el 429— se establece allí procedente de la *Vandalus,* no había conocido tanta prosperidad ni su importancia política había sido tan grande.

La ganadería camellar alcanzaba su apogeo con unos comerciantes y ganaderos árabes en cuya cría y aprovechamiento eran verdaderos maestros. Con una vida media de cuarenta años, estos animales —auténticamente revolucionarios para la economía norteafricana— solían servir a una familia durante dos generaciones, arando, sacando agua de los pozos, transportando enseres, personas y cosechas. Sobrio, resistente y veloz cuando era necesario, su comida pocos animales la aceptaban: armuelle del desierto, hojas de acacia calcinadas por el sol; capaz de engullir los restos y objetos más inverosímiles, de los que posando en sus cuatro cámaras estomacales extraía sustancias nutritivas dejando muy poco desperdicio. La hembra proporcionaba además unos cuatro litros de leche al día —más nutritiva que la de vaca— por lo menos durante tres años después de tener la cría. En ocasiones éste era el único alimento del comerciante nómada. Además, todos los años muda de pelo, con el que sus amos hacían vestidos, alfombras y mantas. Aun después de muerto seguía sirviendo, su piel para las jaimas y su carne para la alimentación humana. Hasta su estiércol, sumamente seco, constituía un maravilloso combustible para guisar la cena de los integrantes de la caravana, curar alguna herida o abonar una *grara.*

Gracias al feliz desenvolvimiento ganadero, las rutas gestionadas por los mercaderes musulmanes alcanzan gran desarrollo, atrayendo más tarde hacia los reinos cristianos europeos el oro ghanés, cual si de modernos petrodólares se tratase. El auge comercial que tiene lugar en el Mediterráneo a consecuencia de las Cruzadas, realza un comercio de cuya vitalidad han quedado abundantes documentos y tratados, posibilitando la fundación de factorías y puertos en el Mediterráneo, y el florecimiento de un buen puñado de ciudades costeras norteafricanas, donde los ocupantes árabes se convirtieron por obra y gracia de las caravanas camelleras en intermediarios obligados entre la Europa occidental y el Africa negra. Con el desarrollo de este singular comercio y presionadas hacia el sur las tribus negras, se produjo también la islamización de muchas zonas, centro y subsaharianas —Ibn Battuta ofrece descripciones referidas al Africa oriental— donde las nuevas prácticas religiosas trajeron consigo im-

Caravana en los pozos de Lelic



portantes modificaciones en las maneras de vivir, quedando su islamismo activo reflejado en la construcción de mezquitas en muchas ciudades africanas. La sencillez de vida de estos pueblos, donde también el número de esclavos y las prácticas poligámicas eran valores reconocidos, convenía con la sencillez de los pueblos islámicos, y ejerció una gran fuerza de asimilación sobre las poblaciones negras. La asunción del Islam proporcionaba fuerza y ofrecía indudables ventajas. Tribus y comarcas enteras al adoptar el Islamismo se podían mantener como estados independientes; como organizaciones vivas y prósperos eslabones comerciales. Tal ocurrió muy particularmente en toda la península Indostánica y el Asia meridional.

Fue también desde los barrios comerciales poblados por los comerciantes árabes desde donde primero se activó e impulsó de forma permanente y regular el comercio esclavista al por mayor, que luego —con otro sesgo— continuarían los europeos. Aunque posiblemente no hubieran existido negreros árabes si no hubieran existido negreros negros dedicados al apresamiento directo.

Puede decirse sin embargo que, por ejemplo, en los estados Hausa —creados en las zonas centrales del lago Chad y los altos del Níger— fue con la influencia islámica como la agricultura basada en un régimen de propiedad comunal se acabó convirtiendo en una agricultura esclavista de grandes propiedades, basada principalmente en el cultivo del sorgo, el mijo y el algodón. Lo mismo ocurrió en el imperio, más occidental, del Malí. Este alcanza su apogeo durante el primer tercio del siglo XIV. Mansa Musa I —su monarca principal— regresó de La Meca acompañado del arquitecto y poeta granadino Abú Issak. Ambos reorganizaron la Hacienda de un reino que se extendía desde el Senegal hasta el país Hausa, y construyeron la mezquita de Tombuctú, haciendo de esta ciudad un centro económico, cultural y religioso de primer orden, al tiempo que alumbraban el nacimiento comercial de Ualata.

El vestido y las nuevas necesidades creadas por las prácticas islámicas serían suministradas generalmente por las regiones norteñas a cambio del codiciado metal amarillo y los otros productos clásicos. En este terreno, Túnez, Bugía y Orán fueron los puntos marítimos más importantes de un lucrativo intercambio en el que activamente participaron venecianos, catalanes, aragoneses y marselleses (10).

Pero el subsiguiente flujo humano que la consolidación de tan importantes arterias económicas trajo para todo el norte de Africa fue también causa de su inestabilidad y permanente debilidad.

Las tribus de pastores que nomadeaban en las planicies esteparias, áridas y secas, que bordean por el exterior al Atlas, y por donde era posible, hasta el valle del Nilo, se acercaban con frecuencia a las tierras del norte, productoras de los cereales que regularmente necesitaban adquirir para su subsistencia. Allí se sentían atraídos por una vida más fácil. Conocedores de las zonas y regiones de paso de las vías comerciales que unían Tombuctú o el Sudán con los puertos del Mediterráneo, cuando llegaban los años de sequía o sobrevenía algún otro tipo de catástrofe natural que alteraba sus frágiles economías, sólo tenían para subsistir un camino que con frecuencia intentaban seguir: la conquista de las ciudades del norte.

El fenómeno es una constante cuasicíclica, que tiene numerosos y conocidos pasajes en la historia de los reinos y estados orientales de Africa; también en los occidentales.

Concretamente, en éstos, en el año 1268, caen los benimerines sobre Marrakech. Antes que ellos, los almohades, y antes, los almorávides, habían hecho lo mismo. Forzaban la ruina de todo lo anterior y pasada la ventolera de sus primeros impulsos se sumergían, como sus antecesores, en el inoperante mosaico de sectas, razas y tribus que se agolpaban en el norte de Africa sin que nadie fuera capaz de consolidar estados dignos de tal nombre. Incluso es posible ilustrar esquemáticamente este fenómeno señalando —como hizo Ibn Jaldún (11)— las cuatro fases que comprendían cada uno de estos ciclos o *impulsos*, compendiándolo en un personaje excepcional considerado el *fundador*, a quien sucedía el *continuador*, luego el *imitador* y —coincidiendo aproximadamente con la cuarta generación—, el destructor o *dilapidador*. Muchas veces, el ciclo se cerraba en una sola generación.

En la zona nororiental africana, tras el frenazo de Saladino a los cruzados en la costa siriopalestina y la posterior derrota —1249—de Mansura, los esclavos *turcos* —en sentido genérico, pues también los había de procedencia

Atardecer en el río Bani, afluente del Níger, que rodea a la ciudad de Djenné (arriba). *Minarete de Sankoré, mezquita de Tombuctú, construida en adobe a comienzos del siglo XV* (abajo)

persa y europea— del ejército árabe, usurpan el poder e inician una dinastía propia de *sultanes mamelucos* que durará hasta la conquista otomana. Con el tiempo, los yacimientos de oro de Nubia fueron agotándose en redimiento; y como el de Ghana era conducido preferentemente por el occidente y centro africano, Egipto se ve forzado a utilizar una moneda de cobre que sufre constantes depreciaciones.

El fenómeno de la influencia mameluca en Egipto no es único. Llegaban a los Estados o califatos árabes como esclavos de raza blanca, donde accedían a una educación militar y religiosa que les llevaba a copar los altos cargos del Estado, presentando en este sentido los círculos de poder en el Islam árabe, vínculos de claro origen étnico. Lo mismo ocurrió en el costado occidental donde, como en el conocido caso de Al-Andalus con el tributo anual de las cien doncellas cristianas, se fue nutriendo el *stock* genético de los más influyentes harenes y familias musulmanas. Parecida función cumplirían los centenares de renegados cristianos que, capturados y para salvar sus vidas o huir —hasta la época cervantina— de la muerte en galeras, pasaron a prestar servicios en califatos o sultanatos norteafricanos.

El comercio caravanero continuaba, por lo demás, activo. Los centros comerciales, puertos y ciudades del interior siguieron siendo básicamente los mismos, mientras que fue durante estos siglos cuando los estados europeos empezaron a desarrollar sus gremios, a producir sus excedentes y a acumular sus pequeños capitales, que irían posibilitando con el tiempo, empresas de cada vez mayor porte y envergadura; fue también la época en que comenzó a desarrollarse masivamente el comercio de esclavos negros fuera del continente africano. Concretamente hacia el Asia meridional. En lo que se refiere a Europa, una de las mayores concentraciones conocidas sería la de Las Navas de Tolosa en que, frente a las fuerzas de Alfonso VIII, las tropas musulmanas de Miramamolín formaban —aquel 16 de julio de 1212— una gran media luna en cuyo centro estaba su tienda, rodeada de gruesas cadenas y protegida por 10.000 negros cautivos que formaban con sus picas varios círculos.

Antecedentes tempranos de una integración centro-periferia

Los catalano-aragoneses fueron adquiriendo gran primacía como beneficiarios del comercio transahariano. En 1291, Castilla y Aragón se habían puesto de acuerdo —Tratado de Monteagudo— para reconquistar la Mauritania Tingitana. Concretamente, el Tratado de Fez —tal reconquista acabaría tomando derroteros mercantiles— de 1309, garantizaba a sus navíos derechos muy ventajosos en lo comercial: todos los puertos les estaban abiertos para la compra de cereales; la tercera parte de los impuestos sobre las mercancías importadas estaba reservada a los representantes del rey de Aragón y los navíos o cargamentos que naufragaban debían ser restituidos a sus propietarios. No es extraño así, que colonias de mallorquines y catalanes se instalasen en Fez. Los genoveses hicieron otro tanto.

Al llegar la época de los grandes adelantos marítimos de los siglos XV y XVI todo podía inducir a pensar que el desarrollo de la navegación comercial alteraría la inercia en los comportamientos y el relativo aislamiento de las regiones interiores del continente africano. Estuvo a punto de ser así, pero el proceso de cambio, como en el caso de la desertización, la introducción del dromedario o el fenómeno de la islamización duró varios siglos.

La Carta Catalana de 1375 permitió observar por primera vez en un mapa algunos puntos entonces considerados muy alejados. El famoso Atlas Catalán de Cresques detalla el litoral comprendido entre el cabo de Sabium —luego Matas de San Bartolomé o cabo Juby— y el de Bujetder o Bojador. El mallorquín Meciá de Villadester, en su Carta de 1413, señala la costa de Bojador y aún más al sur.

Eran tiempos en que la iniciativa individual de destacados navegantes al amparo o al servicio de don Pedro IV de Aragón, como Doménech Gual, Francesc des Valers, Jaume Ferrer o Luis de la Cerda, y la sin par actividad de gaditanos, valencianos, portugueses, catalanes y mallorquines, empieza a ser volcada por aquellas latitudes a donde acuden como marinos, mercaderes o cartógrafos impulsados por el móvil económico de obtener *fuertes rescates*. Un grupo de comerciantes sevillanos financian la escuadra de navíos guipuzcoanos y vizcaínos que recorre, hacia 1393, junto a las islas Canarias, la vecina costa africana.

Fue con estas visitas pioneras como dieron comienzo los prolegómenos de lo que hoy podríamos llamar, utilizando la terminología del economista alemán Gunder Frank, una *integración centro-periferia*.

Todos estos informes, la escasa mapoteca citada y las noticias sobre las correrías que desde 1405 se llevan a cabo desde Canarias, estimulan la imaginación de aquel gran organizador y acelerador de la historia que fue don Enrique el Navegante. Avezados marinos, buenos constructores de buques para los nuevos astilleros y cartógrafos de prestigio —como el famoso mallorquín Jaume Ribes— de los restantes reinos peninsulares, contribuyeron a su más importante creación, la Escuela de Navegación de Sagres.

En ese tiempo, la costa africana estaba cubierta de misterios y envuelta en tinieblas, con denominaciones tan suficientemente expresivas como la del cabo de Non. Retomando navegaciones anteriores como la de Jaume Ferrer, que había visitado Río de Oro en 1346, Gil Eanes, después de quince intentos frustrados, dobla cabo Bojador en 1434, especie de cabo maldito debido a sus bajíos y temibles corrientes, y tras el que las aguas del mar tenebroso deberían hervir como hierve un puchero, al decir de Camoens.

Los portugueses fueron los primeros en mantener relaciones comerciales regulares y estables en aquellos parajes y establecer factorías. Así en El Msit, por la zona hoy llamada Playa del Aaiún, todavía en los años cincuenta se utilizaban los sótanos de una construcción portuguesa del siglo XV para guardar grano y semillas. En Aargub, frente a la península de *Río Douro,* en 1884 todavía un pozo de construcción lusa, mostraba, cuatrocientos años después, procedimientos y manos extranjeras; lo mismo ocurría en el pozo Tenuaca, junto al que existían los restos no enterrados por la arena de otra factoría que casi con total seguridad debía servir de enlace entre la existente en Oudane y el litoral.

El continuo progreso hacia el sur —en 1441, Nuño Tristao había doblado cabo Blanco— va abriendo nuevas perspectivas que lleva a los lusitanos a desechar la consolidación de los establecimientos comerciales en la costa noroccidental africana.

Son años a partir de los cuales la situación del mundo evoluciona muy rápidamente. En 1453 los turcos ganaban terreno en Europa oriental. Habían tomado Constantinopla y cortando la ruta de Marco Polo taponaban la vía continental que el comerciante veneciano abriera hacia el Extremo Oriente. Era un imperativo económico de la época: las *especias* exigían un nuevo camino hacia las Indias.

Cuando Vasco de Gama regresa en 1499 a Lisboa trayendo consigo las primeras *especias* del Oriente, la ruta del cabo de Buena Esperanza está abierta para suplir y prevalecer sobre la tradicional de Egipto. La presencia lusa en el Indico dinamita los fundamentos económicos de los estados árabes orientales africanos al organizar el comercio al margen de éstos. El propio Vasco hunde en 1502 una flota comercial árabe cargada de cereal en Calicut; Almeida destruye Kilwa y Mombasa, lo mismo que Saldhana y Soares saquean Berbera y Zeyla, respectivamente. La propia flota del Egipto mameluco es derrotada —1509— en Diu, lo que tras el posterior despliegue lusoespañol provoca la entrada en barrena del comercio musulmán en las costas de Asia.

Simultáneamente, a las naves que se movían por el Mediterráneo no les resultaba nada sencillo competir con las que lo hacían por las riberas atlánticas, debido a las dificultades que ofrecía para el paso la corriente del estrecho de Gibraltar. Con frecuencia los capitanes de las marinas mediterráneas habían de esperar fondeados en las calas inmediatas esperando la oportunidad de un viento favorable que les flanqueara el paso. Lisboa y Sevilla empezaban a florecer mientras languidecían las ciudades catalanas, mallorquinas, valencianas, genovesas, venecianas y marsellesas. El viejo Mare Nostrum se había hecho además inseguro debido a la presencia turca y la acción berberisca. Los distintos contingentes musulmanes expulsados de España, aportaron financiación y conocimientos del litoral peninsular para las naves piratas que durante el siglo XVI contribuyeron desde el norte de Africa a hacer más inseguro el que durante siglos había sido, por antonomasia, mar del comercio. Sus continuas incursiones en el Levante fuerzan a los españoles a la toma de Mers el Kebir —1505—, Orán —1509—, y progresivamente Bugía, Argel, Dellys, Tenes, y finalmente Trípoli, saltando sobre Túnez cuya campaña de sofocación, planteada sin reparar en los medios, no tendría lugar sino hasta 1535. Reducido, no obstante, el Mediterráneo a mar interior, no saldría de este marasmo hasta cuatrocientos años después, con la apertura del canal de Suez y la casi simultánea aplicación del vapor a la navegación con lo que el obstáculo de la corriente de Gibraltar quedaba salvado.

A mediados del siglo XVI circulaba en la península lusoespañola diez veces más dinero que en la fecha anterior a los descubrimientos. Al mismo tiempo, el comercio caravanero se iba secando.

Efectivamente, y de forma paralela, el auge de las primitivas ciudades norteafricanas y la misma actividad comercial iba decayendo a medida que los europeos contorneaban Africa. Desde el momento en que éstos llevaron a su litoral en carabelas y bergantines lo que antes se transportaba por medio de caravanas a través del continente, los reinos, sultanatos y estados norteafricanos empezaron a declinar. Perdían ese puesto de intermediarios que habían desempeñado hasta entonces entre Europa y los países del Níger. Las plusvalías derivadas de esta labor de intermediación les habían dado su apogeo, y como entre tanto apenas habían levantado nada sólido, su misma pérdida les conducía a la ruina.

Toda la inestabilidad social y el caos en que se sume el norte de Africa durante el siglo XVI se debe, en buena medida, tanto a este fenómeno, como a los nuevos reajustes que en la estratificación social de todas sus poblaciones y centros de poder económico-político se producen como consecuencia de la expulsión árabe de España. Los conflictos armados y los desajustes sociales no cesaron hasta que quienes habían sido arrojados a las costas africanas, tomaron en sus manos todos los resortes de poder en estas tierras (12).

Resulta así difícil entender la prosperidad y relativa riqueza que gozó, por ejemplo, el Marruecos medieval de Al Mansur, entre 1578 y 1603, sin comprender este fenómeno de la presencia *andalusí* continuadora de quienes desde el siglo XIII habían resistido en el pequeño reino de Granada el empuje de la Reconquista cristiana. En realidad, Al Mansur, sintiéndose económicamente bloqueado desde toda la costa mediterránea, decide salvar su impotencia orientando sus ejércitos —formados por renegados cristianos andaluces, como su mismo jefe, Jauder— hacia Tombuctú y Sudán, aprovisionando a Marruecos de esclavos de color y de oro.

Con carácter general hay que decir que dicho oro era pronto dilapidado, yendo a parar a manos europeas, mientras que la citada *mercancía* humana contribuía a incrementar la heterogeneidad magrebí. Los más de 200.000 moriscos expulsados entre 1609 y 1611 de España por Felipe III, volverían a provocar nuevos desajustes-reajustes sociales en todas las comunidades norteafricanas; hasta tal punto que cuando, ya en el siglo XIX, Francia y España acuden a estas regiones, en ellas hallan a los descendientes de aquéllos conformando las élites dirigentes (13).

Esclavizadores esclavizados

En la costa noroccidental africana, y antes de que sus factorías pasaran al olvido, incluso regían las Ordenanzas de la Casa de Contratación de Sevilla. Mediante Cédula firmada por doña Juana en 1505, se autorizaba *a los canarios a saltear moros de Río de Oro para arriba,* siendo éstos llevados como esclavos a las plantaciones que se iniciaban en las Islas. Asimismo, el ganado camellar empezó en aquel tiempo a ser exportado regularmente a Canarias, donde pronto fue apreciado, aunque no así en otras provincias y regiones españolas —como Almería— a donde también se llevó en un principio.

Las famosas *cabalgadas* realizadas desde Canarias —sólo García de Herrera, luego conde de La Gomera, hizo hasta 46 incursiones desde enclaves y factorías costeras, como la de Santa Cruz de Mar Pequeña— no por casualidad se refieren a *entradas* hasta 400 kilómetros de la costa: atentamente tenida en cuenta esta distancia es justamente la precisa para interceptar la ruta camellera occidental anteriormente referida. Esta, no obstante, acabaría venciéndose durante el siglo XV-XVI hacia el Atlántico como consecuencia de la expectativa económica creada por las nuevas factorías españolas, y fruto de la sumisión del reino medieval de Bu-Tata, antecesor del estado Tekna de los Beiruk en el siglo XIX.

Nuevas hegemonías

La disgregación de este reino, lo mismo que la aparición o desaparición de otros, no es más que consecuencia del surgimiento de unas nuevas hegemonías en Africa, consecuencia tanto del comercio caravanero musulmán propiamente dicho, como de la circunnavegación del continente y su consiguiente repercusión económica global.

Con capital en Tagamarte y delimitado por el río Messa, al norte, y el Dráa, al sur, el reino de Bu-Tata —su nombre procedía del de uno de sus reyes, Abu Tata— resultó deses-

Puerto de Gao, sobre el río Niger (arriba). *Patio de la mezquita de Djinguereber en Tombuctú, construida en 1325 por el emperador de Malí* (abajo)

tabilizado con la presencia portuguesa y la acción de las gentes del Sahara occidental, desde el sur. El último descendiente de la familia real, Boali Embuco (Abu Ali Abiku), nieto del último monarca, pide a los reyes de España ponerse bajo su protección, cediendo todos sus derechos reales a perpetuidad. Disgregado el reino, las cinco grandes confederaciones tribales resultantes —Tagaos, Tagamarte, Ufran, Tamanarte y Aulajamar— *juran y prometen por su ley que siempre serán leales a dicha corona real, y pagarán los tributos acostumbrados que se acostumbran pagar antiguamente a los reyes antepasados.* De 15 de febrero de 1499 es la escritura pública otorgada por Amaet, capitán de la ciudad de Ufrau, por sí y en nombre de su hermano Gacel-ez-Ziz, ante el escribano Gonzalo de Burgos y en el que se declaraban vasallos del rey de España a los pobladores de 38 lugares cercanos al valle de Ufrau; una región constituida en el margen derecho del río Dráa, entre los 28° 45' y 29° 30' de latitud norte, aproximadamente (14).

Si esto se produce es precisamente porque la factoría de Santa Cruz de Mar Pequeña —que Herrera funda en 1478 y de la que, no hay duda ya, se encontraba en Puerto Cansado, próxima al Ued Chebeica, al sur del Dráa— se convierte entre 1496 y 1500 en centro de una gran corriente de intercambio económico gracias al referido corrimiento que experimenta hacia el Atlántico la ruta caravanera más occidental.

En 1449, don Juan II de Castilla había decidido desligar el gobierno canario del de la costa africana, otorgando mediante real cédula de 8 de julio al duque de Medina Sidonia *la mar e tierra desde el cabo de Guer* —se refiere a Agadir— *hasta la tierra alta y cabo Bojador, con todas las pesquerías e con la tierra adentro...* Al obligar Isabel y Fernando a los herederos de Peraza —cuya única hija había casado con Herrera— a renunciar, a cambio de otros títulos, al Señorío de Canarias en favor de la Corona, toda la desatención que hacia el territorio africano había mostrado el duque de Medina Sidonia, plenamente volcado en la política peninsular, la torna Herrera en febril actividad, de la que incluso se ha sospechado estuviera orientada a crear allí un Estado autónomo ligado al Trono por mayores o menores lazos de vasallaje (15).

El hijo predilecto del conde de La Gomera había sido encargado, ya antes de la muerte de su padre —ocurrida en 1485—, del gobierno de Matas de San Bartolomé, construido en 1480 en cabo Juby. En 1500, los reyes ordenan a Antonio Fernández de Lugo, capitán general de Canarias, la construcción de tres nuevas fortalezas en Bojador, cabo Nun y la desembocadura del Uad Usaka, San Miguel de Jaca. Parece que sólo se levantó la de Bojador —y tal vez la de San Miguel— gracias al celo de don Antonio de Torres, a la sazón nombrado aquel año veedor de los establecimientos de la costa (16). Los monarcas habían arrendado en marzo de 1940 a los vecinos de Palos, Juan Venegas y Pedro Alonso Cansino, los derechos de pesca en el litoral comprendido entre cabo Bojador y la península de *Río Douro.* Otra importante concesión pesquera, inmediatamente al norte de la anterior, otorgó en 1503 el Capitán General de Canarias al también vecino de Palos, Andrés García. Mayor cuantía económica llegó a registrar el otorgamiento hecho por el rey Fernando en junio de 1515 para la extracción de la *orchilla,* hasta entonces monopolio estatal, al comendador Luiz Zapata y al tesorero Francisco de Vargas, desde Messa a Río de Oro (17).

A finales del siglo XVI, sin embargo, ya no existían factorías en el litoral, limitándose mediante orden real las *cabalgadas* y, más tarde, prohibiéndose. *En su defecto, los patrones canarios desembarcarían regularmente a lo largo del litoral sahariano, cambiando con los pobladores de aquellos parajes, azúcar, harina, aceite, arroz, té, ropas, mantas, madera y abalorios diversos, por ganado, pieles, losas de sal y, en particular, conchas y «orchilla». Las primeras eran vendidas a muy buen precio a portugueses y holandeses, quienes las hacían circular como moneda en las regiones del golfo de Guinea. Aquí eran trocadas por esclavos, marfil y oro en polvo. La orchilla, líquen tintorero que se cría en los arrecifes y acantilados saháricos, a su vez era objeto de intensa demanda en Europa, siendo tan apreciada como la cochinilla canaria.*

Los pescadores isleños, por su parte, mantenían cordiales relaciones con las pacíficas tribus eznaga de la costa... Con toda tranquilidad faenaban en aquellas aguas, secaban el pescado en tierra, levantaban campamentos provisionales donde invernaban y reparaban embarcaciones y redes, se aprovisionaban de agua, carne y leche; se desenvolvían, en una palabra, con plena libertad.

Dos grabados sobre trata de esclavos. Arriba, *examen de un negro antes de ser vendido.* Abajo, *un soldado negro azota a un esclavo en el Congo*

Su presencia atraía a los negociantes del sector, que levantaban sus tiendas a la sombra del campamento. En ocasiones surgían de la noche a la mañana verdaderos aduares poblados por cuantos tenían algo que vender o trocar, realizándose las transacciones bajo la protección de la cábila más fuerte del sector, cuya autorización era convenientemente comprada... Terminadas las operaciones de secado, los improvisados mercaderes desmontaban el campamento, recogían los bártulos y regresaban a sus bases en el archipiélago para retornar al año siguiente (18).

Quizá las relaciones no fueran todo lo tranquilas y pacíficas que de la transcripción anterior cabe colegir. Más nos inclinamos a pensar que el tipo de relación establecido fuera el que en la antigüedad se denominó *comercio mudo.* En este sistema, cada una de las partes depositaba sus mercaderías en determinados lugares y, progresivamente, por tanteo, se iban añadiendo o quitando la cantidad de productos propios que se creía oportuno hasta llegar al equilibrio que se estimaba como adecuado; entonces retiraba cada cual lo que había trocado (19). Había numerosas heridas recientes y algunos de los bienes intercambiados —agua, carne, leche— sólo podían venir de las más ricas y aguerridas tribus nómadas del interior llegadas ex profeso para el trueque, nunca de las costeras.

Sea como fuere, lo cierto es que aunque estas relaciones se debilitaron progresivamente durante los siglos XVII y XVIII, fueron realmente los canarios quienes durante más de trescientos años mantuvieron la trabazón económica de Europa con estas regiones del noroeste africano. En la miscelánea, todavía sin clasificar, de la Sección de Africa de la Biblioteca Nacional de Madrid pueden encontrarse interesantes datos que evidencian estas relaciones.

Consecuencia directa de la interacción entre el comercio europeo costero y el flujo mercantil caravanero es —dijimos— todo el conjunto de cambios y nuevas hegemonías que alternativamente surgen y se desvanecen en Africa.

Tal fue el caso de la dinastía Luba-Lunda, a principios del siglo XVII, al sudeste de Katanga, utilizando armas portuguesas. Igualmente, los Mwata Kazembe en el bajo valle del Congo, otros en Angola, etc. De la misma forma, el rey Idris Alaoma (1571-1603) de Bornú, junto al lago Chad, logró una rápida era de prosperidad a finales del siglo XVI, en este caso al enviar una embajada al soberano turco de Túnez, merced al cual obtuvo fusiles e instructores, lo que le permitió asegurar su autoridad extendiéndola al Camerún (20). Asimismo, los Ulad Bu Sbaa adquirieron una hegemonía semifeudal en Mauritania, tras comprar, hacia 1870, fusiles de 74 en las factorías francesas del Senegal; a sus nuevos y rápidos fusiles de retrocarga sólo podían oponérseles en aquella región viejas armas de fuego, que en vez de ser cargadas por la parte inferior del mecanismo, todavía la eran por la boca del cañón. También fue el caso conocido de Samori Turé, mandingo de origen modesto, que reuniendo unas cuantas bandas se proclama *Almami,* en el valle nigeriano; le bastó proveer a sus hombres de armamento moderno comprado en los almacenes británicos de la costa. La misma oportunidad tuvieron tradicionalmente los sultanes marroquíes y otomanos.

El caso del Sahara occidental

Menos conocido, aunque de mayor interés actual, es el caso de la ex colonia española del Sahara occidental. La vida de sus gentes implicaba tradicionalmente un desplazamiento constante, ritmado por complicados y específicos conocimientos del suelo, donde además, la escasez de pastos y agua disponibles les imponía una gran dispersión (21).

Sin embargo, la polarización y la atracción que ejercieron la economía canaria y el comercio desde el litoral vino también a consolidar y a fijar la personalidad de estos colectivos independientes que, con un orden económico en régimen de semiautosubsistencia, se desenvolvían en aquella franja marítima comprendida entre el Dráa y cabo Blanco, intentando desviar hacia la costa parte del comercio que tenía lugar entre el Tombuctú centroafricano y el bullicioso Marrakech norteño.

Sólo fruto de todas estas interacciones pudo acontecer que a principios del siglo XVI, un *morabito,* Sidi Ahmed Erguibí —epónimo de los Erguibats, mayoritarios del Sahara occidental— comprara de *Banu Hafyan* —del colectivo de la tribu Beni Hafian— *la tierra que empieza en «Lajrawiaa» (nacimiento del río Dráa) hasta el río Chebeica a la montaña de Zini (alrededor de este río) hasta la costa. Hasta los siete «Malauih» (sitio donde suele atracar el barco), terminado en Dajla y de allí hasta Guera y Nuadibu y de allí hasta el borde de Hadrar y la montaña de Ayil y de allí al este*

Mercado de esclavos en Zanzíbar. La lacra del esclavismo no fue erradicada en Africa hasta fechas bien recientes

Transporte de un esclavo para su venta en un mercado

El Sultán Azul Ma El Ainín, mercader y gran señor

Si no fuera por el carácter ilustrado que marca su fuerte personalidad, el Sultán Azul del Sahara Occidental, Ma El Ainín (1830-1910), podríamos decir que se comportó y actuó como uno de los grandes fundadores de Estados y confederaciones de tribus araboafricanas.

Los nombres de tan singulares personajes son distintos. El hombre en sí fue el mismo. En el siglo VII, *en el* XI, *en el* XVI, *y otros —como Ainín, aunque sin su fina sensibilidad cultural— a caballo entre el siglo* XIX *y el* XX.

Con dicha salvedad y de vida austera y disciplinada, pudo haber sido efectivamente uno de aquellos jefes al morabitum, almorávides que, cuando se produce la islamización del noroeste africano, salen en el siglo XI *de su ascetismo individual para lanzarse, apremiados por sequías prolongadas y faltos de cereal, a la regeneración de una fe que entendían corrompida entre sus vecinos.*

No en vano, Saguía El Hamra era conocida desde el siglo XVI *entre los musulmanes del Africa occidental como una* Tierra de Santos: *Sidi Ahmed El Arosi, epónimo de los Arosien; Sidi Ahmed Bo Gambo, de los Ulad Tidrarin, o el propio Erguibí. Un país pobre, habitado por místicos que, so pretexto —real o supuesto— de buscar la santificación mediante la oración y la soledad, van reuniendo seguidores fieles, a los que, llegado el momento, lanzan contra los poderosos, al tiempo que contra sus propiedades.*

Una de sus esposas favoritas —tuvo más de cien hijos— pertenecía a la tribu mauritánica de los Ulad Bu Sbáa, tradicionalmente enfrentada con los Erguibats. A pesar de las reticencias de muchos de éstos, temerosos de despertar sobre sus tierras apetitos extranjeros, rompió con tres siglos de tradición que desalentaba la edificación de ciudades.

En medio del desierto, y en unos años de clara almoneda para el comercio caravanero, su obcecación le llevó en 1898 a construir la ciudad de Smara. Para ello, caravanas de 1.200 dromedarios, invirtiendo cinco días de transporte, trajeron ladrillos, azulejos y toda clase de materiales, que desembarcados en Tarfaya, procedían de las ciudades del norte, Canarias e incluso la Península.

La futura ciudad santa y capital espiritual del Sahara Occidental, contaba con los dos elementos fundamentales que habían garantizado durante siglos el comercio musulmán.

Una gran fondak para las caravanas, y una amplia mezquita, con una nave de 81

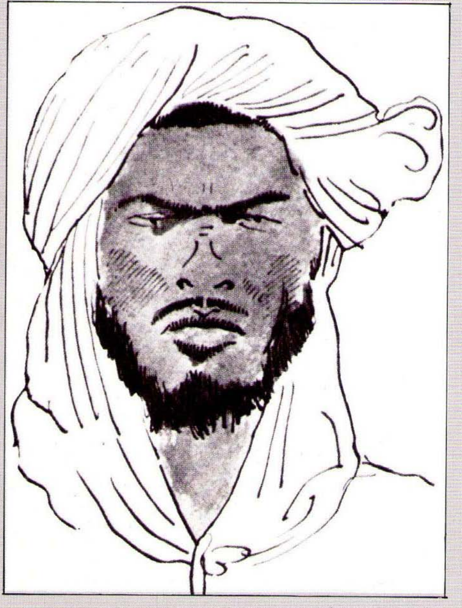


Tipo saharaui (dibujo de Julio Caro Baroja)

arcos, divididos en nueve órdenes, que no llegó a ser terminada. Disponía asimismo de casa para los caídes encargados de los almacenes de grano; una casa de los odres, para las reservas de agua; un barrio para los comerciantes, corralizas, una Kasba central, amén de otra serie de dependencias y edificaciones, formando un conjunto mitad fortaleza, mitad abadía, rodeado de una muralla. Ensayos de sedentarización previos y sin duda más modestos, fueron los poblados de Bir Nzaran, en 1870, Dar Hamra, en 1872, o Gressim, entre 1888 y 1896.

En inteligencia con los emires mauritanos de Trarza y Brakna, al sur, y aun del sultán de Marrakech y los españoles de la costa, Ainín trató de sostener los restos de la otrora opulenta ruta occidental africana.

A sus representantes, lo mismo que a los de tribus argelinas y del Malí, recibía como peregrinos y daba consejo. De todos ellos



Otro dibujo de Caro Baroja realizado durante un viaje al Sahara español

recibía derechos por asegurar el paso de las caravanas y el comercio, mantener los pozos o arbitrar en los conflictos, aportando su baraka, prueba milagrosa de santidad y base económica de la empresa. Hacia las regiones negras llevaba sal y productos marinos. A los sultanes de Marruecos abastecía de esclavos.

Contó con la animadversión del vecino Tekna —al norte— gobernado por los Beiruk. Y chocó frontalmente con la expansión francesa, que desde el Senegal y Argelia pugnaba por readaptar en su beneficio el viejo comercio caravanero. La dureza Erguibat de su aprendizaje nómada se reflejó también en la ruptura de relaciones con la corrupción moral alauita, personificada en Muley Hafid.

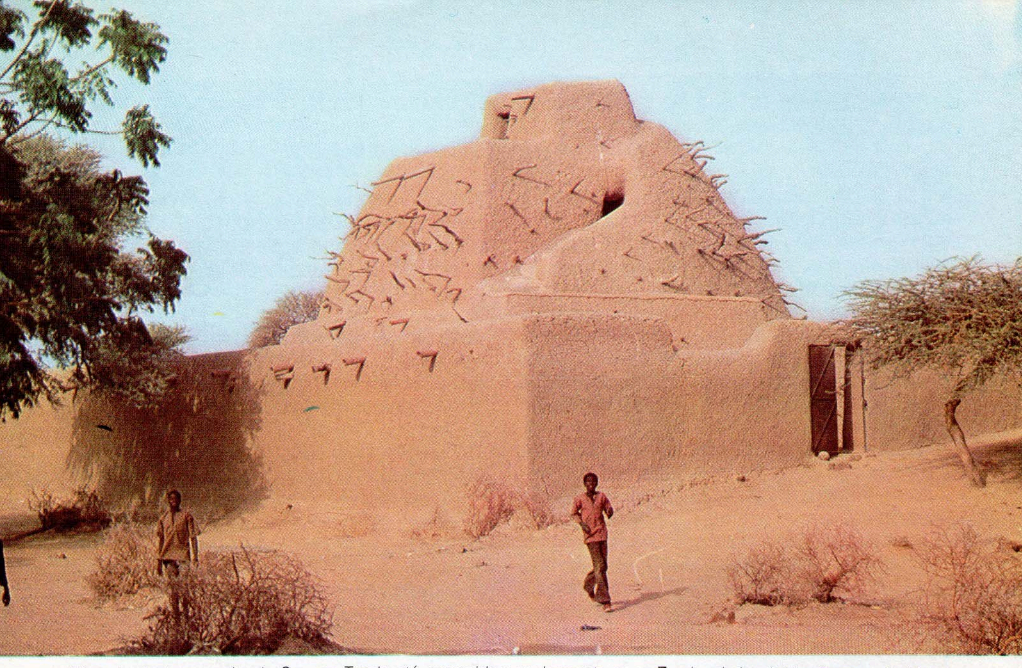
Y en la declaración de guerra santa *a los franceses que, en 1913, acaba provocando la entrada de castigo de Mouret, bombardeando Smara, cegando y envenenando pozos.*

A su prestigio religioso —tras su temprana peregrinación a La Meca en 1857— unió una sólida preparación intelectual. Se preocupó de reunir todas las obras y manuscritos originales de las gentes de libros escritas en el Sahara occidental, particularmente las del siglo XVIII *y comienzos del* XIX, *considerada como Primera Edad de Oro de la cultura en dicho país: El libro del nomadeo, de Kitabu el Badiati, la monumental obra de Derecho —casi 9.000 páginas— del Chej Mohammed Uld Mohammed Salem, la del gramático y poeta Emhamed El Tolba, la de Semyedre Uld Habibal, o la del Chej Mohammed el Maami, especializado en textos geográficos y cantos regionales.*

Al propio Ma El Ainín —agua de mis ojos, *era el nombre cariñoso utilizado por su madre— se le sabe autor de más de trescientas obras, siendo artífice de la llamada Segunda Edad de Oro cultural en Saguía El Hamra y Río de Oro, con sus poetas cortesanos y los malemin artesanos.*

Por los documentos de su biblioteca se conoce que las gentes del Sahara occidental llegaban a cobrar tributos —y no al revés— no sólo a los ciudadanos de las regiones situadas por debajo del Sus —que tradicionalmente eran independientes de la autoridad de los sultanes marroquíes— sino a los caídes de ciudades como Agadir o Marrakech, al norte del Sus.

También en su prestigiosa biblioteca, de más de 5.000 volúmenes, se formaron centenares de talmidis, discípulos, que continuaron vinculados a los sultanes azules Ahmed El Hiba, y Merebbi Rebbo —sus sucesores— hasta la plena ocupación española.



Minarete de la mezquita de Gao, en Tombuctú, conocido popularmente como Tumba de los Askia. *Fue construido en 1510 por el emperador sonray Askia Mohamed* (izquierda)

hasta una sefja llamada Tamdam (en la frontera del Malí) (22). Y parece que pagó una buena cantidad —hablándose hasta de 500 quintales de oro— por la compra de un territorio cuyas fronteras trazan aproximadamente las de Saguía El Hamra y Río de Oro.

Se trata de la primera acumulación de capital de que se tiene noticia en el Sahara occidental. Y no volvió a ocurrir nada parecido hasta avanzado el siglo XIX. Lo que pudo ocurrir —como en tantos otros sitios, lo mismo en el siglo XVI que en el XIX— fue que adquirieran tras un enfrentamiento con los cristianos o por simple compra en Bojador o Santa Cruz de Mar Pequeña, algún barril de pólvora o varios primitivos arcabuces. En éstos, Erguibí y sus seguidores dispusieron de unos medios técnicos muy superiores a los conocidos en la región. Luego, aprovechando el paso de una o varias caravanas no avisadas cargadas con el preciado metal en ruta desde Tombuctú —la forma de *blanquear* dicho oro bien podía ser esa capacidad santa que la tradición le atribuye de convertir piedras en oro— pudieron hacerse con el capital suficiente como para intentar, levantando su cuartel general en El Farsia, la construcción de un Estado que sin duda pretenderían mantener del beneficio obtenido del intercambio comercial caravanero con las factorías cristianas.

Esto debió ocurrir hacia el año 1503 cuando los Beni Hafian, establecidos pocos años antes en Hausa —las ruinas que se conservan de esta ciudad son de finales del siglo XV— habrían sentido ya algunas de las consecuencias negativas de los establecimientos lusoespañoles.

Así pues, en aquellos años, a Erguibí y sus hombres no les habría resultado difícil —operando desde la más abrigada e interior localidad de El Farsia— desviar las caravanas hacia las zonas de Bojador, Santa Cruz, Matas de San Bartolomé o Río de Oro-Tenuaca, con fácil salida hacia el mercado canario-europeo y el Nuevo Mundo; máxime teniendo en cuenta el duro golpe que estaba empezando a sufrir el comercio a través de los puertos del Mediterráneo. De hecho, Isabel y Fernando decretaron la concesión de pasaportes y seguros para quienes desde el interior iban a comerciar a la factoría española.

No obstante, las buenas perspectivas no duraron mucho. Quizá, contra lo que pudieron pensar Erguibí y aun el propio Antonio de Torres había otros puntos de mucho mayor interés económico, y que por entonces apenas acababan de ser descubiertos. La experiencia de la vida sedentaria en la ciudad tampoco resultó ser agradable. El Farsia, lo mismo que antes Hausa, lo único que acabó atrayendo en

Mercado de Djenné, muy importante en el siglo XVI (arriba)

Fachada de la mezquita de Djenné, reconstruida recientemente, según el modelo del siglo XIII (abajo)

cantidad importante fue la codicia de los vecinos.

En el importante mercado local del valle del Dráa encontraban cumplidas muestras de los expeditivos procedimientos judiciales de los sultanes, aplicados en forma de *ejemplares* castigos corporales, mutilaciones y decapitaciones. Las cábilas Tekna —entre el Dráa y Agadir— decían que *en el Sahara ni se reza al sultán ni se le paga tributo.* Algunas de estas gentes, sintiendo su independencia amenazada, bajaron, luego, hacia el sur del Dráa; como los Beni Hafian y el propio Erguibí, cuyos descendientes siguieron autotitulándose *dueños y señores del desierto hasta donde rompe la séptima ola del mar.* Otras tribus menores del país, como los Ulad Tridarin, expresaban con dichos como aquel de *si no somos temidos al menos somos libres,* idénticos sentimientos.

Erguibí terminó recomendando a sus seguidores que no construyeran poblados, consejo que efectivamente se seguiría en todo el territorio hasta la época del sultán Ainín, paradigma casi contemporáneo de jefe político-religioso y gran propietario. Así *un núcleo independiente y coherente existía antes de que Marruecos se constituyera en reino y Mauritania quedara dividida en emiratos a consecuencia de la decadencia de los imperios negros. Sus habitantes están social y políticamente bien organizados... En un área situada entre el Ued Dráa y el cabo Blanco se forma un territorio especialmente saharaui que obedece a una organización política, económica y hasta jurídica común... (con)... una «Jat-al-Jaof» (ya en el siglo* XVIII*) línea de peligro o frontera de peligro, que es una verdadera frontera a partir de la cual este sistema de seguridades recíprocas entre las tribus saharauis desaparece. Su perímetro parte de las proximidades de cabo Blanco, describe una curva para pasar por las cercanías de Tinduf, al este de Saguía el Hamra, y acaba en el Ued Dráa. Las tribus guerreras estaban situadas en sus proximidades para garantizar la seguridad colectiva. El sistema de alianzas formaba una trama suficientemente densa para impedir, por el equilibrio exacto de las fuerzas rivales, una guerra intertribal que pusiera en peligro la existencia del conjunto* (23).

De esta forma —como en muchos de los modernos estados afroasiáticos— lo que hoy conocemos como Sahara occidental iba —al tiempo que entrando en los documentos de la historia— tomando sus perfiles propios que, con el tiempo, nuevas naciones ayudarían a forjar como fruto de tantos avatares particulares y diferenciadores.

Sobreexplotación y feudalismo

Finalmente, el siglo XVIII se encontrará con un comercio transahariano tan debilitado y con unas rutas tan mermadas en rendimiento que a partir de 1727 llegan incluso en su zona oeste a cambiar de rumbo, hacia las regencias turcas vecinas.

La actividad comercial que arrancaba de las regiones subsaharianas al tocar Tombuctú, en lugar de seguir el camino que antaño les llevaba a Marrakech o Fez, torcían hacia Túnez, Ghadames y Trípoli, lugares todos ellos en territorio otomano (24). Este, aún se beneficiaba del comercio de la ruta natural del valle del Nilo y de sus intercambios comerciales terrestres con el Oriente Próximo.

De sesenta y cinco a ochenta días de marcha tardaba, por ejemplo, en ir una caravana desde Tombuctú hasta Mogador; el tiempo en barco se reducía a menos de la mitad. La ventaja era notable, sin contar el poco volumen de mercancías transportadas sobre lomo animal y las cada vez más conflictivas condiciones de la travesía. Al mismo tiempo, la arbitrariedad de los sultanes alauitas —el texto que se adjunta de Hay es ilustrativo de una situación que persistía todavía a finales del siglo XIX— impedía de hecho el desarrollo económico general del Magreb. Si durante largo tiempo en Africa los pueblos nómadas fueron quienes atacaron y constituyeron el azote de las poblaciones sedentarias, lo cierto es que hacía ya tiempo que se habían vuelto las tornas. Con unas fronteras relativamente porosas todos los colectivos de la región conocían de las luchas y grandes sacrificios con que desde siglos atrás sus gentes vecinas resistían las razzias y requisas que de tiempo en tiempo realizaban los gobernadores de Marrakech. Lo mismo ocurrió en el centro y el costado oriental norteafricano con el despótico dominio otomano.

Ancladas en el esclavismo o instaladas —en los casos más evolucionados— en un feudalismo primario y tardío, las regiones islámicas permanecían estancadas.

Acampada en un oasis de Argelia (postal del siglo XIX*,* arriba). *Caravana de esclavos en Uganda* (abajo)

Pobres caravanas seguían reuniéndose, no obstante, en las ciudades del norte, enfilando hacia las primeras comarcas subsaharianas tropicales. Los camelleros y comerciantes musulmanes no podían abandonar una profesión cuyo ejercicio se les aparecía como imprescindible para sobrevivir. Seguir dando vueltas de tornillo a la explotación esclavista, en un marco y tiempo desquiciadoramente contradictorio, fue su salida más fácil. Tanto que, el médico y pastor protestante Livingstone, muerto al poco tiempo de regresar a Europa tras su titánico periplo africano y horrorizado por la trata, acaba estimando que el único remedio para su erradicación era la colonización de Africa.

Notas

(1) Cfr., Engels, Federico, *Anti-Dühring,* Montevideo, EPU, 1961, 218 ss.

(2) Cfr., Marx y Engels, *Obras escogidas,* T. I., en Carta a Marx, junio 1853, «Acerca del colonialismo» (Moscú, Editorial Progreso), 352-367.

(3) Sucesivas etapas en su teoría de la evolución económica de las sociedades eran la economía de aldea, de ciudad, territorial, nacional y mundial. Introdujo en el análisis económico el estudio de los factores sociales como base necesaria para comprender el progreso económico y dar un fundamento empírico a la teoría económica.

(4) Vid., Al-Idrisi, *Description de l'Afrique du Nord et du Sahara,* Alger, Texto árabe al francés por Henri Pêrés, De Slane, 1857.

(5) Vid., Al-Bakri, *Description de l'Afrique du Nord,* Alger, De Slane, 1911-13.

(6) Vid., Ibn Hawkal, *Kitab Surat al Ard,* Leinden, 2.ª ed. por J. H. Kramers, 1938.

(7) Vid., Bertaux, Pierre, *Africa desde la prehistoria hasta los Estados actuales,* Madrid, Siglo XXI, 1980. También: vid., Castro Antolín, Mariano, y Calle Muñoz, M.ª Luisa, *Historia de Africa,* Madrid, Cooperación Españoia, 1987.

(8) Vid., *Histoire des Berbères et des dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale,* París, Ed.-Trad. De Slane-Casanova, 1925-34, 4 vols.

(9) Cfr., Dr. Mones, Hussain, *Actas del IV Congreso de Estudios Arabes e Islámicos,* Lisboa-Coimbra, 1-8 de septiembre de 1968, 517-519. En el texto original de las Actas figuran 500 kilómetros y no 1.500: entendemos se trate de un error de transcripción.

(10) Vid., Duforucq, Charles, *L'Espagne catalane et le Magrhib,* París, De Slane, 1966. También, vid., Rumeu de Armas, Antonio, *España en el Africa atlántica,* Madrid, IDEA, 1956.

(11) Vid., Ibn Jaldun, *Introducción a la Historia (Antología).* Selección, traducción y prólogo de Rafael Valencia, Biblioteca de la Cultura Andaluza, Sevilla, 1985.

(12) Vid., Sánchez Ruano, Francisco, en «Mundo Negro», octubre, 1987, donde se presentan las nuevas y meritorias investigaciones de este autor al respecto. Otras influencias españolas en el Magreb y la cultura islámica en general. Vid., Medina, Antonio, *Historia de Andalucía,* Sevilla, Biblioteca de Ediciones Andaluzas, 1981, 6 vols.

(13) Entre otros: vid., Chudeau, François, *Sahara Soudanais,* París, De Slane, 1909, 262-264, quien se refiere en concreto a las élites mauritanas de Iyil y Adrar Temar, descendientes de moriscos salidos de España entre 1609 y 1611. También: vid., Caro Baroja, Julio, *Estudios Saharianos* (Madrid, IDEA-CSIC, 1955), 401 ss. Caro constata la creencia de que incluso en Saguía El Hamra se refugiaron gentes de las expulsadas de España.

(14) Vid., Miscelánea de la Sección de Africa de la Biblioteca Nacional de Madrid. Afr. G.ª F.ª.

(15) Vid., Vilar, Juan Bautista, en *El Sahara español. Historia de una aventura colonial,* Madrid, Sedmay Ediciones, 1977, 41.

(16) Vid., *Protectorado y posesiones de España en Africa,* Madrid, Servicio Histórico Militar, 1946, 490 ss.

(17) Vid., J. B. Vilar, o. c., 37.

(18) Cfr., Ibídem, 41.

(19) Heródoto fue quien denominó así al comercio fenicio-cartaginés en el Mediterráneo. Se admiraba de cómo funcionaba este sistema que aún se daba a principios de este siglo entre los Weddahs de Ceilán, quienes cambiaban con los cingaleses, mediante este tráfico mudo, flechas de hierro.

(20) Uno de sus lejanos sucesores, Omar, fue quien, en el siglo XIX, acogió al explorador alemán Nachtigal.

(21) Vid., Morillas, Javier, *Sobre la preeconomía del Sahara occidental,* Actas de Ponencias, V Congreso Internacional de Estudios Afroasiáticos, Universidad de Buenos Aires, 7-11 septiembre, 1987.

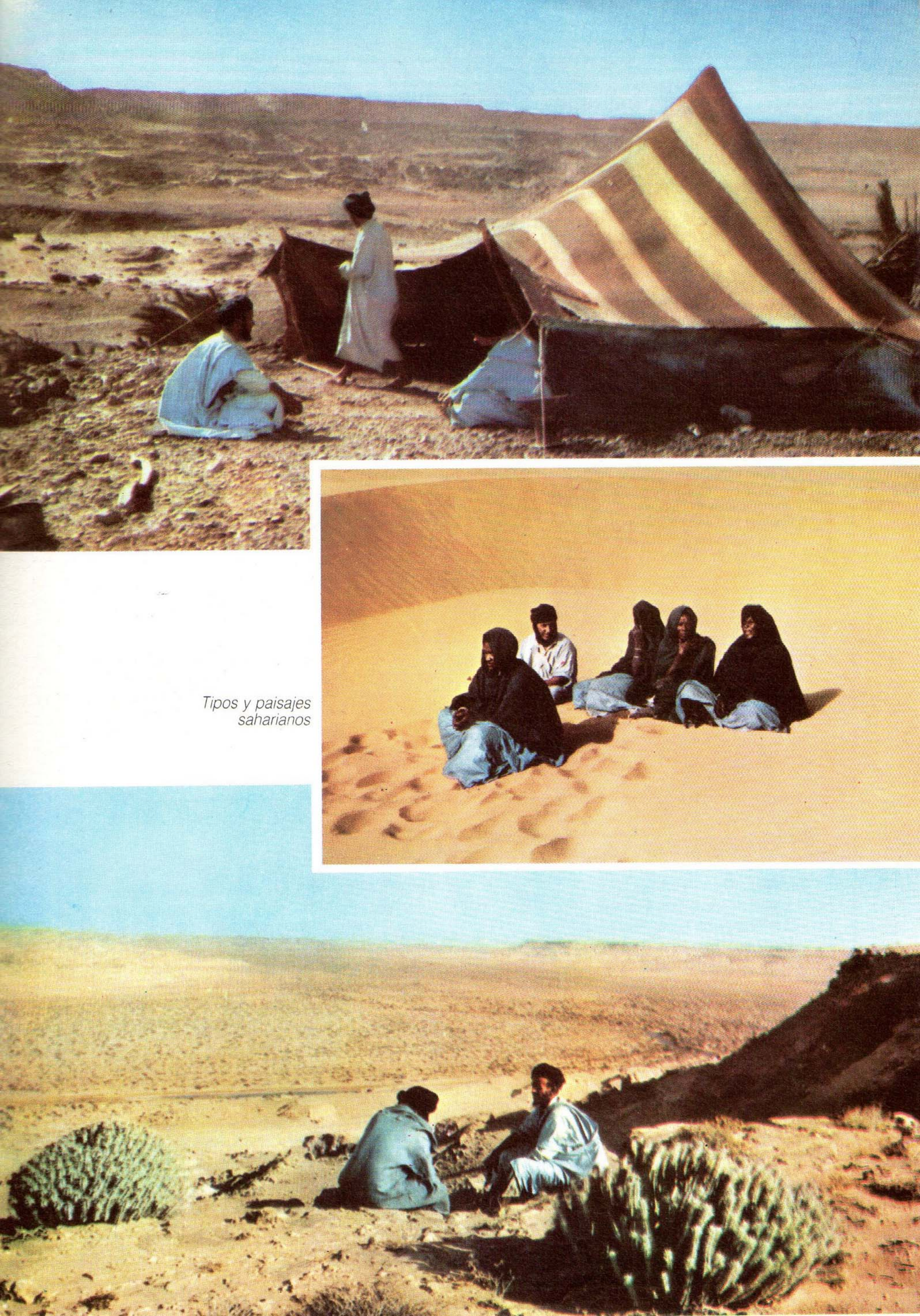
(22) Vid., Comisión de Estudios Históricos del Sahara. Documentación Tribunal de La Haya. Asimismo, vid., *El Sahara como unidad cultural autónoma,* Madrid, Instituto de Estudios Africanos-CSIC, 1975. *Vid.,* Díaz del Rivero, Francisco Lorenzo, *El Sahara occidental. Pasado y presente,* Madrid, Edic. GISA, 1975.

(23) Cfr., Criado, Ramón, *Sahara: Pasión y muerte de un sueño colonial,* París, Ruedo Ibérico, 1977, 77-79.

(24) Vid., Brignon, Jean; Amine, Abdelaziz; Boutaleb, Brahim; Martinet, Guy; Rosenberg, Bernard; Terrase, Michel, *Histoire de Maroc,* Casablanca, Libraire Nationale, 1967.

Bibliografía

Bertaux, P., *Africa, desde la prehistoria hasta los Estados actuales,* Madrid, Siglo XXI, 1980. Cahen, C., *El Islam, desde los orígenes hasta el comienzo del Imperio Otomano,* Madrid, Siglo XXI, 1973. Caro Baroja, J., *Estudios saharianos,* Madrid, IDEA-CSIC, 1955. Castro, M. y Calle, M. L., *Historia de Africa,* Madrid, Cooperación Española, 1987. Díaz del Rivero, F. L., *El Sahara occidental. Pasado y presente,* Madrid, GISA, 1975. Fahd, T. y otros, *El mundo islámico, siglos VII-XV,* Barcelona, Salvat, 1974. Jaldún, Ibn, *Introducción a la historia (Antología),* Sevilla, Biblioteca de la Cultura Andaluza, 1985. Jutglar, A., *Sociedad y economía en el mundo islámico,* Barcelona, Salvat, 1972. Ki-Zerbo, *Historia del Africa negra,* Madrid, Alianza, 1980. Lewis, B., *Los árabes en la Historia,* Madrid, Espasa-Calpe, 1956. Martínez Montávez, *El Islam,* Barcelona, 1985. Paulme, D., *Las civilizaciones africanas,* Barcelona, Eudeba, 1962. Rodinson, M., *Los árabes,* Madrid, Siglo XXI, 1981.



Tipos y paisajes saharianos

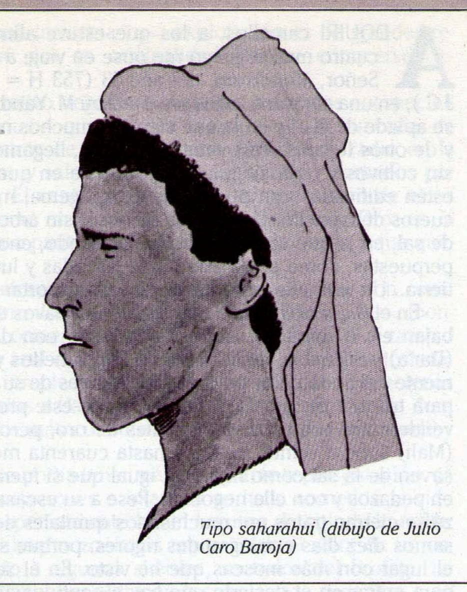
CUADERNOS
historia 16

101: El mito de El Dorado. • 102: El Califato de Córdoba. • 103: Las legiones romanas. • 104: Las guerras del opio. • 105: Los monasterios medievales. • 106: Las Olimpiadas. • 107: Las multinacionales en América Latina. • 108: La Inquisición en España. • 109: Las nuevas fronteras. • 110: La España de Santa Teresa de Jesús. • 111: Vida cotidiana en Roma (1). • 112: Vida cotidiana en Roma (2). • 113: Mapa étnico de América. • 114: De Indochina a Vietnam. • 115: Los caballeros medievales. • 116: Los viajes de Colón. • 117: El trabajo en el Egipto antiguo. • 118: La España de Espartero. • 119: La Inglaterra victoriana. • 120: Pestes y catástrofes medievales. • 121: Los afrancesados. • 122: España en el Pacífico. • 123: Comercio y esclavitud. • 124: De Lenin a Stalin. • 125: La Reforma en Inglaterra. • 126: El sufragio universal. • 127: Mitos y ritos del mundo clásico. • 128: Los campesinos medievales. • 129: Vida cotidiana en el Siglo de Oro (1). • 130: Vida cotidiana en el Siglo de Oro (2). • 131: Los movimientos ecologistas. • 132: La Semana Trágica. • 133: Sudáfrica. • 134: La pena de muerte. • 135: La explotación agrícola en América. • 136: Templos y sacerdotes en Egipto. • 137: La primera revolución agrícola del XVIII. • 138: La esclavitud en el mundo antiguo. • 139: Descubrimientos y descubridores. • 140: Las Cruzadas. • 141: Pericles y su época. • 142: Antiguos comerciantes del Mediterráneo. • 143: Conquista y colonización de Valencia. • 144: La ciencia en la España musulmana. • 145: Metternich y su época. • 146: El sistema latifundista en Roma. • 147: Los Incas. • 148: El conde duque de Olivares. • 149: Napoleón Bonaparte (1). • 150: Napoleón Bonaparte (2). • 151: El cristianismo en Roma. • 152: Sevilla y el comercio de Indias. • 153: Las reducciones jesuíticas en América. • 154: Carlomagno (1). • 155: Carlomagno (2). • 156: Filipinas. • 157: El anarquismo. • 158: Conflictos sociales en la Edad Media. • 159: La trata de negros. • 160: Felipe V y Cataluña. • 161: El imperio turco. • 162: La visión de los vencidos en América. • 163: El sufragio y movimientos feministas. • 164: La I República española. • 165: Africa. Explotadores y explotados. • 166: Puertos comerciales en la Edad Media. • 167: Calvino y Lutero. • 168: La Institución Libre de Enseñanza. • 169: Adiós a la esclavitud. • 170: Cantonalismo y federalismo. • 171: La Toledo de Alfonso X. • 172: La «hueste» indiana. • 173: El movimiento obrero. • 174: Los pronunciamientos. • 175: El nacimiento de las Universidades. • 176: Nasser y el panarabismo. • 177: La religión azteca. • 178: La Revolución Francesa (1). • 179: La Revolución Francesa (2). • 180: La Revolución Francesa (3). • 181: Líbano, el conflicto inacabable. • 182: Los campesinos del siglo XVI. • 183: La Armada Invencible. • 184: La revolución de 1848. • 185: José Bonaparte. • 186: La ruta comercial del Camino de Santiago. • 187: Australia. • 188: El caciquismo en España. • 189: La colonización romana en Andalucía. • 190: Pedro I el Cruel. • 191: El Egipto de Ramsés II. • 192: La emigración a las Indias. • 193: La vida cotidiana en la Edad Media. • 194: Luchas sociales en la antigua Roma. • 195: El canal de Panamá. • 196: Las Universidades renacentistas. • 197: España y la Primera Guerra Mundial. • 198: Los bárbaros en el Imperio Romano. • 199: La España de Carlos III. • 200: Los palestinos.

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Isabel Valcárcel y José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Dolores García. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avenida del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Teléfono (94) 435 77 86.
IMPRIME: TEMI.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-096-1. Tomo 13
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Tipo saharahui (dibujo de Julio Caro Baroja)

Comercio y esclavitud

Textos

CUADERNOS
historia 16

Sobre el comercio caravanero

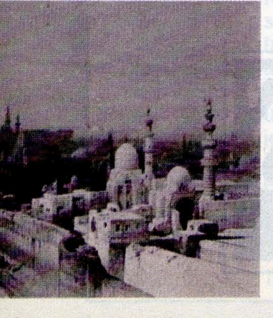
ADQUIRI camellos, a los que estuve alimentando bien durante cuatro meses, luego me puse en viaje a principios del mes del Señor, *Muharram,* del año 53 (753 H = 18 febrero de 1352 de J.C.), en una caravana mandada por Abū M. Yandakān al-Massūff —Dios se apiade de él— y en la que viajaban muchos mercaderes de Siŷlmāsa y de otros lugares. Tras veinticinco días, llegamos a Tagāzá, una aldea sin cultivos y cuya singularidad consiste en que sus casas y mezquita estén edificadas con pedruscos de sal gema, mientras los techos son cueros de camello. El suelo es arenoso, sin árboles. Hay allá una mina de sal, en la que se encuentran, excavando, enormes placas de sal superpuestas, como si hubieran sido labradas y luego amontonadas bajo tierra. Un camello sólo alcanza a transportar dos de estas placas.

En el lugar no habitan más que los esclavos de los Massūfa, que trabajan en la mina de sal y se alimentan con dátiles traídos del Draa (Dar'a) y Siŷlmāsa, de la carne de los camellos y del *anlī* (mijo) proveniente del Sudán. Los negros, procedentes de su país, llegan hasta aquí para trocar mijo por sal y una carga de este producto, en Iwālātan, se vende entre ocho y diez meticales de oro, pero en la ciudad de Māllī (Mali) sube a veinte, treinta y hasta cuarenta meticales. Los negros se sirven de la sal como moneda, igual que si fuera oro o plata, la cortan en pedazos y con ella negocian. Pese a su escasa importancia, en Tagāzá se cierran tratos por muchísimos quintales de oro en polvo. Allí pasamos diez días entre grandes rigores, porque su agua es salobre y es el lugar con más moscas que he visto. En él se hace acopio de agua para entrar en el desierto que hay a continuación y que se extiende a lo largo de diez jornadas de marcha, sin aguadas, a no ser raramente. Sin embargo, nosotros encontramos agua en abundancia en charcas que las lluvias formaron. Cierto día dimos con un estanque natural, entre dos colinas rocosas, cuyo agua era dulce y con la que nos hartamos y lavamos nuestras ropas. En este desierto abundan las trufas y los piojos hasta el punto de que la gente se coloca en el cuello hilos con azogue que los matan.

...Se llama *takšīf* a cualquier hombre de los Massūfa a quien la caravana alquila para que la preceda hasta Iwālātan, llevando las cartas de los viajeros a sus amigos allí residentes, a fin de que les alquilen viviendas y salgan a esperarles con agua a una distancia de cuatro jornadas. Quien carece de conocidos en Iwālātan escribe a algún mercader de allí bien conocido por sus buenas obras. Para que le atienda del mismo modo, y así lo hace. En ocasiones, el explorador sucumbe en este desierto, y al no saber de la caravana los habitantes de Iwālātan, mueren los viajeros o buena parte de ellos. En este desierto hay numerosísimos genios malignos, y si el *takšīf* está solo, juegan con él y le cautivan la atención hasta que olvida su propósito y perece, puesto que no hay camino visible ni señal alguna, sólo arenas que el viento arrastra: puedes ver dunas en un sitio luego trasladadas a otro. Allí, el guía es quien haya repetido el viaje muchas veces y tenga mente despierta. Me asombró que el nuestro, tuerto y con el otro ojo averiado, era el mejor conocedor de la ruta. El explorador que contratamos en aquel viaje para adelantarse cobró cien meticales de oro y era un Massūfa. A la noche del séptimo día, tras su marcha, divisamos las hogueras de quienes salieran a nuestro encuentro, con lo que nos llenamos de contento.

...Cuando nos juntamos con quienes salieron a recibirnos con agua dimos de beber a nuestros caballos y penetramos en un desierto calurosísimo y diferente de los parajes anteriores. Nos poníamos en marcha después de la oración de *de al-'asr* y caminábamos toda la noche para acampar a la mañana. Hombres de las tribus Massūfa, Bardāma y otras acudían con cargas de agua para vendernos. Finalmente entramos

El Cairo en el siglo XIX (dibujo de David Roberts)



en la ciudad de Iwālātan el primer día del mes *Rabī'l*, tras un viaje de dos meses completos desde Siÿlmāsa. Iwālātan es el primer dominio del país de los negros (Sudán occidental). Allí el gobernador en nombre del sultán es Farbā Husayn. *Farbā* significa «delegado».

En llegando, los comerciantes colocaron sus bagajes en una explanada y encomendaron a los negros guardarlos, a continuación se dirigieron al *farbā*, que estaba sentado en una alfombra bajo un techado, con su escolta, ante él, armados con lanzas y arcos.

Me trasladé a la gran ciudad de Kaw-Kaw (Gao o Gaw-Gaw, orillas del Níger) en la ribera del Nilo, una de las mejores, mayores y bien abastecidas del país de los negros. Disponen allá de arroz abundante, leche agria, gallinas y peces, así como de la variedad de pepino llamado *inānī* que no tiene parejo. Los habitantes suelen comprar y vender sirviéndose de conchas, al igual que los de Māllī. Me detuve en aquel lugar un mes aproximadamente hospedado por M. b. Umar de Mequínez, persona amable, bromista y meritoria que falleció después de mi salida. También me albergaron el *hāÿÿ M. al-Waydī at- Tāz-* —que se cuenta entre los que viajaron al Yemen— y el alfaqui M. al-Fīlālī, imán de la mezquita de los blancos.

Desde Kaw-Kaw me trasladé a Takaddā por tierra formando parte de una gran caravana de gentes de Gadames (Túnez) cuyo guía y jefe era el *hāÿÿ Wyyÿīn*, nombre que significa «adive» en la lengua de los negros.

Las casas de Takaddā están construidas de piedra rojiza, su agua corre entre minas de cobre, lo que le cambia color y sabor. Allí no hay sembrados excepto un poco de trigo que comen mercaderes y forasteros, vendiéndose a razón de veinte almudes por un metical de oro, teniendo en cuenta que sus almudes equivalen a un tercio de los nuestros. El mijo se merca a metical de oro los noventa almudes.

En este lugar abundan los alacranes, capaces de matar a un niño impúber pero a los hombres adultos raramente los matan. Durante mi estancia allí un hijo del jeque Sa'Id b.'Ali fue picado una mañana muriendo al punto. Yo asistí a su entierro.

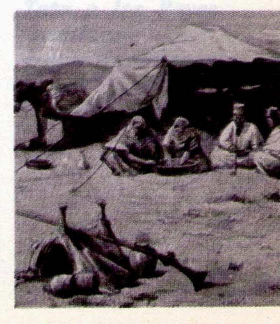
Las gentes de Takaddā no tienen otra labor que el comercio. Viajan anualmente a Egipto de donde traen cuanto allí hay de bueno, en telas y otras cosas. Viven en la abundancia y el bienestar, pudiendo enorgullecerse de sus muchos esclavos y siervas, del mismo modo que los de Māllī e Iwālātan. No suelen vender las mujeres educadas sino raramente y por un precio muy alto.

En las afueras de Takaddā hay una mina de cobre. Cavan en el suelo y lo traen a la población para fundirlo en las casas. Este es cometido de los esclavos, hombres y mujeres. Cuando ya han obtenido el cobre rojo hacen barras de un palmo y medio de largo, unas delgadas y otras gruesas, cambiándose estas últimas a razón de cuatrocientas por un metical de oro y las otras a seiscientas y setecientas por metical. Utilizan estos lingotes como moneda: con las finas mercan carne y leña y con las anchas los esclavos de ambos sexos, el mijo, la manteca y el trigo.

El cobre se lleva a la ciudad de Kūbar —en tierra de paganos—, a Zagāy y al país de Barnū que está a cuarenta jornadas de Takaddā y cuyas gentes son musulmanes. Estos últimos tienen un rey llamado Idrīs que no aparece en público ni habla a las gentes si no es velado. De esas tierras se traen hermosas esclavas, eunucos y telas teñidas con azafrán (IBN BATTUTA, *A través del Islam*, Editorial S. Fanjul y F. Arbos, Madrid, 1981, páginas 767 y ss.)

También se envía el cobre desde Takaddā a Yawyawa, al país de Mūrtabīn.

Beduinos egipcios (grabado del siglo XIX)



Sobre la costa oriental africana

Me hice a la mar en Mogadiscio, dirigiéndome al país de Sawāhil y a la ciudad de Kulwā, en el país de los Zanȳ, y llegamos a la gran isla de Manbasā, a dos jornadas de navegación de las tierras de Sawāhil. Está totalmente separada del continente y los árboles que hay en ella son plátanos, limoneros y toronjos. Tienen también una fruta que llaman *yāmmūn,* parecida a la aceituna y con el mismo hueso, pero de sabor muy dulce. La gente de esta isla no cultiva la tierra, así que traen los cereales de Sawāhil; se alimentan sobre todo de plátanos y pescado. Son de la escuela chafeíta, religiosos, castos y virtuosos; sus mezquitas son de madera y están acabadas con mucho esmero. En cada una de las puertas de estas mezquitas hay uno o dos pozos, cuya hondura es de un par de brazas; de aquí sacan el agua con un pequeño cubo de madera que lleva clavado un palo fino de una braza de largo. La tierra está aplanada en torno a los pozos y a la mezquita; el que quiere entrar en ella, se lava los pies y se los seca en una esterilla basta que hay junto a la puerta, y el que desea hacer las abluciones, sujeta el cubo con los muslos y se echa el agua en las manos. Aquí todo el mundo anda descalzo.

Pasamos una noche en esta isla y embarcamos para la ciudad de Kulwā (Quiloa), una importante ciudad ribereña habitada en su mayor parte por Zanȳ de color muy negra, que tienen sajaduras en la cara como las de los Līmī de Guinea (Yānāwa). Un mercader me dijo que la ciudad de Sufāla está a medio mes de marcha de Quiloa, y que entre Sufāla y Yūfī, en el país de los Līmī, hay una distancia de un mes; de Yūfī traen el oro en pepitas a Sufāla. Quiloa es ciudad muy bella y bien construida; todas sus casas son de madera, con la techumbre de aldiza. Las lluvias son abundantes aquí. Esta gente hace la guerra santa (ȳihād), porque su tierra está junto a la de los Zanȳ infieles. Siguen la escuela chafeíta y son sobre todo devotos y religiosos. (IBN BATTUTA, *A través del Islám,* Editorial S. Fanjul y F. Arbos, Madrid, 1981, páginas 348-349.)

Sobre la Administración de la Hacienda en el Egipto mameluco

Por lo que respecta al visir, bajo esta dinastía turca (mamelucos), está encargado de las recaudaciones de impuestos de toda especie, ya sea «jaradj» (contribuciones territoriales), ya sea «maks» (aduanas y alcabalas) o ya sea capitación. Con estos ingresos subviene a las erogaciones del gobierno y el pago de los sueldos fijos. Nombra y destituye a los empleados comisionados para cobrar los impuestos, y todos ellos se sujetan a sus órdenes, cualquiera que sean sus categorías. Lo usual es que este visir sea escogido de entre los coptos que dirigen las oficinas de contabilidad y la receptoría de rentas porque, desde tiempo inmemorial, han estado particularmente encargados de esta administración en Egipto. En ocasiones, no obstante, cuando las circunstancias lo exigen, el sultán confía este ministerio a una persona de la nación dominante, un turco de alto rango o un descendiente de turco...

En el imperio de los turcos (mamelucos), la dirección de la hacienda pública comprende varias dependencias distintas. El funcionario llamado «nadhir-el-djaish» (director militar) está encargado de la oficina de los salarios; el que se designa con el título de visir administra las rentas públicas y, en su calidad de director general de las recaudaciones, ocupa el primer rango entre los administradores de la hacienda pública. El gobierno turco ha dividido la dirección general de la hacienda en varias dependencias, debido a que su imperio, al cobrar una gran extensión, las rentas y contribuciones que suministra son tan abundantes que un solo hombre, por más competente que fuere, no podría cumplir con tan vasta administración. El personaje denominado visir tiene

la dirección general (de dichas dependencias); mas con todo se subordina a uno de los horros del sultán, un hombre de gran influencia política, y que goza de alta posición entre los jefes militares. En todos sus actos, el visir debe sujetarse a los designios de su superior, y aplicarse con todo ello a obedecerle. Este personaje, que ostenta el título de «ostadz-ed-daula» (intendente del imperio), es uno de los más poderosos emires del ejército. (IBN JALDUN: *Al-Muqaddimah.* Editorial A. Trabulse, México, 1977. Libro III, capítulo XXXIV, página 453.)

Pasaportes españoles para los comerciantes del Africa Occidental

DON Fernando y doña Isabel, por la gracia de Dios, etcétera. Por cuanto por nuestro mandato fue fecha e hedificada la torre de Santa Cruz, que es en la Mar Pequeña, para que allí los moros de Bervería puedan venir a contratar oro e otras qualesquier mercaderías que quisieren; por ende, por la presente, damos licencia e facultad a vos Alonso Fajardo, nuestro governador de la Gran Canaria, para que en nuestro nombre podades segurar e seguredes qualesquier moros e moras que vinieren a la dicha torre a contratar a rescatar el dicho oro e qualesquier otras mercaderias que quisieren e por bien tovieren, tanto que non puedan sacar ni llevar de las dichas (partes) armas ni mantenimiento e otras cosas de las vedadas e defendidas a los ynfieles por derecho e por las leyes de nuestros reynos; e asymismo que podades segurar e segurades a todos e qualesquier moros e moras que obedecieren e nos dieren e pagaren las parias que con vos en nuestro nombre asentaren de nos dar e pagar en cada un año, para que sus personas e bienes e mercaderías, oro e plata e ganado e esclavos e otras cosas qualesquier que traxieren e llevaren e vendieren e rescataren e compraren en la dicha torre e sus términos, sean seguros de todas e qualesquier personas de qualesquier estado e condición que sean, segun e en la manera e con las condiciones e por el tiempo e tiempos que vos en nuestro nombre les señalardes; el qual seguro nos les damos e otorgamos por esta nuestra carta. E mandados a vos el dicho nuestro governador e a todas las otras justicias de las dichas yslas que lo guarden e cumplan e fagan guardar e cumplir, so las penas establecidas por derecho en tal caso. E los unos nin los otros non fagades ni fagan ende al por alguna manera, so pena de la nuestra merced, etc. Dada en la villa de Medina del Campo, a veynte e dos días del mes de junio de mil e quatrocientos e noventa e siete años. —Yo el Rey. —Yo la Reyna. —Yo Juan de la Parra. secretario del Rey e de la Reyna, nuestros señores, la fize escrivir por su mandado. —don Alvaro. (*Oficio real,* Medina del Campo, 22 de junio de 1497.)

Sumisión de Butata a los Reyes Católicos

TESTIMONIOS de las cibdades e villas e fortalezas que se dieron a Sus Altezas en Africa.

(Sumisión de la cibdad de Ufran y su valle)

En la cibdad de Tagaos, cabeca que es del reyno de la Vutata, quinze días del mes de febrero, año del nascimiento de Nuestro Salvador Ihesu Christo de mill e quatrocientos e noventa e nueve años, en presencia de mí, Gonzalo de Burgos, escribano del Rey e de la Reyna, nuestros señores, e su escribano mayor en la ysla de la Gran Canaria, dentro en la posada de Lope Sánchez de Valencuela, governador e capitán en la dicha isla por los dichos Rey e Reyna, nuestros señores, que es en el alcacava de Agaos, estando presente el dicho señor governador, en presencia de los testigos de yuso escriptos, parescieron y presentes Mohamed de Maymon, señor de Tagaos, e Hamet, capitán de la cibdad de Ufran e su tierra, e sobre muchas pláticas entre ellos pasadas y seyendo yntérprete entre ellos María de Almuneca, morisca, con juramen-

to que ante mi le fué tomado que diria la verdad de lo que le fuese mandado dezir e representaría asimesmo la verdad de lo que le fuese replicado. (Tagaos-Ifni: 15 de febrero-23 de marzo de 1499.)

Sobre Tarfaya y el Tekna, informe del barón de Lahure a S.M. el Rey de los Belgas, (2-X-1888)

EN cuanto a las costumbres de los árabes es peligroso no respetar a sus mujeres, y de querer oponerse a que los indígenas ricos posean esclavos; estos esclavos,..., proceden del Sudán.

...Actualmente, Tarfaya no ofrece ningún elemento de alimentación; aparte de los corderos y las flacas cabras que se puede comprar a los árabes al precio de 2,50 francos por cabeza, aparte de la caza, especialmente las gacelas, y el pescado, todo ha de importarse; legumbres, patatas, carne, aves, café, té, leche, manteca, especias e incluso el agua.

...Para dar un gran desarrollo a los negocios hay que atraer a Tarfaya a las caravanas del interior, a saber las que vienen de Tinduf y las que parten de los países poblados de Adrar, del oeste sahariano y del norte del Níger. (...)vendrían allí traficantes de detalle a comerciar; a instalar industrias cuya enumeración ofrece fiabilidad como fábricas de sardinas, talleres para tejer lana y tapices así como curtidos. No se tardaría en ver allí también el establecimiento de un barrio judio africano como en todas las localidades costeras de Marruecos y cuya presencia es valiosa desde el punto de vista del comercio secundario.

...El suelo de la costa del Tekna, es de una profundidad variable, es arenoso, rocoso y absolutamente estéril; es el desierto; en el interior, como lo hemos dicho antes se encuentran distritos cuya tierra es de una fertilidad relativa. Sin embargo, no hay que hacerse ilusión sobre esta fertilidad; no se podrá jamás esperar allí una vegetación exhuberante como en las islas de Sonda o en las Antillas. Si no fuera así, haría mucho tiempo que el Tekna estuviera ocupado.

...Si se considera que el Tekna limita con Marruecos, cuyas riquezas naturales y su irremediable decadencia no dejarán de atraer importantes resoluciones de aparte de las potencias europeas; si se piensa igualmente que la posición geográfica del Tekna está relativamente próxima a Europa, se comprenderá que este país mientras esté libre de toda ocupación reconocida, no dejará de despertar muchas anbiciones. En presencia de estas consideraciones, es evidente que bajo el punto de vista belga, Tarfaya, logrando el desarrollo que está permitido esperar, ofrecerá ventajas muy valiosas y no sería difícil, en efecto, encontrar para el Congo una escala más favorable, escala para el personal; escala postal; escala para el comercio y sobre todo para la navegación. (Transcripción del Anexo documental correspondiente al trabajo del profesor Javier Morillas para el Instituto Hispano-Arabe de Cultura, del Ministerio de Asuntos Exteriores: *La configuración de una economía dual en el Africa Occidental.* 1983.)

La visión del sultán sobre el Tekna

ESTOS Arabes no tiene morada fija y cambian de lugar cuando les conviene, sin sujetarse a Gobierno o a autoridad alguna... Si los canarios u otros españoles quieren pescar en la costa de Agadir hacia el norte, en donde abunda tanto el pescado que abastecerá a toda España, les doy mi autorización sin exigirles nada, a pesar de haberme ofrecido pagarme derechos: lo hago en agradecimiento a los favores que hicisteis a mis vasallos. La costa de Santa Cruz (se refiere al sur de Agadir) no puedo franquearla ni hacerme responsable de lo que en ella sucediera, por no caer bajo mi jurisdiscción. (Carta del sultán Muley Mohammed Abdallah al rey Carlos III de España. Marrakech, primero de moharram de 1181, (30 de mayo de 1767). Archivo Histórico Nacional de Madrid. Sección Estado. Legajo 4310.)

Negocios y mercados: Shingueti y Ualata

EXISTE también una industria cuya explotación es de grandes resultados, y que por su originalidad merece conocerse detalladamente.

La base de este lucrativo negocio son ciertos moluscos —especialmente el Conus pulicarius— que revisten la forma cónica truncada, de cuatro a cinco centímetros de altura por uno y medio de radio en la base de los mayores, muy salpicados de pintas rojizas y llamados por los indígenas *amdjum*. El centro principal, el mayor criadero de estos moluscos, parece hallarse en el fondo de la ría de Río de Oro, en la gran extensión de terreno pantanoso que rodea la isla Herne y que queda en seco en bajamar.

Los indígenas pescadores emplean sus ratos de ocio, que son constantes, en remover el barro donde se albergan estos cefalidios, que amontonan para venderlos a comerciantes de la tribu de Ulad-Sbá a cambio de una pieza de mahón azul el millar, pieles o harina de cebada tostada.

Estos moluscos los emplean los negros para adornar sus melenas y su cuello. Transportados a Ualata, Timbuctú y Benigram, puntos donde radican los mercados más concurridos, se venden por oro, marfil y esclavos.

La trata de siervos no podía tener más denigrante representación. ¡A cuántas supercherías, vejaciones e infamias se halla sometida la vida del hombre salvaje, y especialmente la del hombre de color! Un millar de conchas de estos animales zoófagos representan el valor de un esclavo, y todavía he oído a algunos sherifes, sectarios del Profeta, lamentarse del subido precio que obtienen los de la raza sudanesa y de Guinea por consecuencia de la *excesiva demanda* en el mercado.

...Algunos individuos de la tribu de Ulad-Sbá, que me referían detalles de estas compras, recibían con burlesca sonrisa la indignación que su conducta me inspiraba, y como usaban, según ellos, de un derecho que el Profeta les había concedido, ensalzaban la ventaja de poder disfrutar, por mil quinientas conchas de cefalidios, de una niña de diez años, de robusta salud, sumisa y obediente a todo género de trabajos hasta la vejez, que aprecian en los cincuenta años aproximadamente.

...También se forma una especie de mercado para los comerciantes que proceden de Ualata y Timbuctú, pero estos sólo conducen esclavos, tabaco y marfil, y, por consiguiente, son en menor número los compradores.

El carácter de estos mercados es tan original como abigarrado. Las mujeres, al cuidado del ganado y de los camellos cargados de trigo o cebada, son las que se disputan la compra de unas cuantas varas de tela, que someten a infinitas pruebas para cerciorarse de su buena calidad y larga duración, o de algunos abalorios para adornar su cuerpo o para llevarlos como regalo a sus hijos. Los hombres, con mayores voces, grotescos ademanes, idas y venidas, regateos interminables, quejas, lamentaciones y riñas aparentes entre sí, forman otro conjunto más abigarrado si cabe, porque el afán de ensalzar los productos propios aparentando desconocer el mérito de los que pretenden adquirir, les da un especto extraño, como si todos aquellos seres estuvieran dominados por espíritus maléficos o procediesen de algún manicomio.

Las transacciones en esta forma son interminables; sólo el carácter musulmán puede tolerarlas. Ha sido preciso revestirse de grande energía para evitar que las mismas costumbres se estableciesen en nuestra factoría, y era de ver el asombro que demostraban las fisonomías de aquellos salvajes cuando sus correligionarios les prevenían que en España no se regatea (?) y en nuestras plazas o puertos no se conocía más que *una palabra*. Esta disposición, aun cuando difícil o imposible de cumplir en absoluto, se hacía muy necesaria a fin de evitar choques

Mujer angoleña





Saharaui (dibujo de Julio Caro Baroja)

entre caracteres opuestos, porque defraudaba todos los encantos que una transacción tiene para los indígenas, y por no regatear se consideraban casi siempre perjudicados en sus intereses.

Porque en asuntos comerciales el musulmán profesa unas teorías muy peregrinas, pero que están en armonía con su ignorancia. Es muy común en el Mogreb que un moro se acerque a una tienda a preguntar por el precio de un quintal de azúcar, y después de regatear largo tiempo pedir que le sirvan *media* libra. Una cosa muy semejante ocurre con los habitantes del Sahara, que demuestran en todos sus actos una desconfianza poco en armonía con su carácter altanero; el comerciante que lleva a un mercado o factoría seis libras de oro, por ejemplo, empieza pidiendo, generalmente, dinero a cambio de su mercancía. Estipulada la compra, sigue después el pago y el recuento detenido de la cantidad en metálico que ha recibido, separando las diversas clases de moneda y arreglando la suma total con el auxilio de los dedos de las manos y algunas piedrecitas, si fuese preciso. Esta operación, por la minuciosidad con que la realiza, suele invertirle un día, al menos, y en el siguiente y sucesivos pregunta por el precio de los artículos que existen en la factoría, hasta emplear la mayor cantidad del metálico recibido en la venta en artículos de diferentes clases que más le convienen para su tráfico.

Es también indudable que Shengueti, población de unas treinta mil almas, constituye el centro donde residen las principales autoridades del Adrar y el núcleo de población más ilustrada que encierra esa vastísima región sahárica. La familia del jefe más caracterizado, Ueld-el-Aida, es muy numerosa y respetada por los creyentes; los sherifes —especie de santos en vida— gozan de privilegios excepcionales y se multiplican de un modo pasmoso, con grandes ventajas para el comercio y para la instrucción de aquel pueblo salvaje, que no respeta otro freno que el dominio ejercido en esta forma; y los habitantes en general tienen un concepto de sí mismos tan elevado, por pertenecer a la tribu de Ulad-Sbá, que raya en la más ridícula de las pedanterías.

La importancia de Shengueti, en nuestro concepto, estriba en el considerable movimiento de la población flotante que la distingue y que representa una vida comercial muy digna de estudio para la colonización de Africa. A sus mercados, que se reunen con mucha frecuencia, concurren con diferentes productos muchas tribus que se hallan a lejanas distancias; allí se concentran los comerciantes que proceden de Timbuctú, del Senegal o Marruecos, con oro, marfil, dátiles, manufacturas de algodón, azúcar, té, quincallería y artículos del Mogreb, ofreciendo los días de feria una animación indescriptible y un ruido infernal por las idas y venidas, gritos o imprecaciones de aquellos seres, que sólo pueden concebirse asemejándolos con los que la Biblia nos describe.

Dentro de la población existen tiendas a manera de nichos de pared, en las cuales se sienta el comerciante y ve transcurrir las horas pasando las cuentas de su rosario, sin impacientarse por la venta ni mostrar empeño en las compras que se realizan en pública subasta y que adquiere sin moverse de su sitio.

Las casas de los magnates o sherifes están siempre custodiadas por uno o varios esclavos, y son objeto de un respeto exagerado. Sus mujeres guardan fielmente las prescripciones del Profeta; no se presentan en público ni salen a la calle sin haberse cubierto el rostro con gran esmero, dejando un ojo libre para ver el terreno que pisan, pero siempre deben ir acompañadas de sus esclavas. (EMILIO BONELLI HERNANDO. *Descripción geográfica, comercial y agrícola del Sahara,* Madrid, edición limitada de 500 ejemplares, Ministerio de Fomento, 1887, 120-173 passim.)